Rubí

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL,

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

Caridad y recompensa

MADRID:

RIOS, MONIER, CUESTA.

CÁTALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos están locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla,
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

CARIDAD Y RECOMPENSA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y UN PROLOGO,

ESCRITO EN VERSO POR

D. EUGENIO RUBI.

Representado por primera vez en el Teatro del Príncipe,
el dia 10 de Diciembre de 1852.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

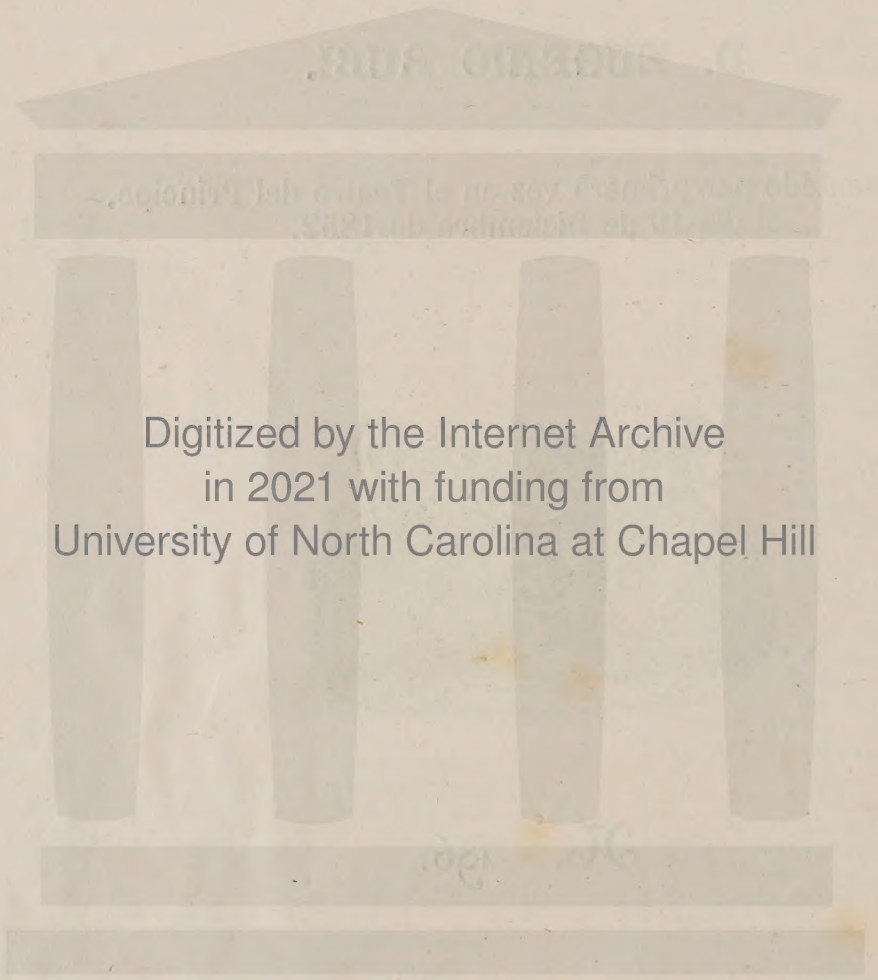
T BORRAS

N.º de la procedencia

4512

N.° 196.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 14.
1852.



Digitized by the Internet Archive
in 2021 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/caridadyrecompen00rube_0

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

724358

PERSONAS.	ACTORES.
LUISA	Doña Josefa Palma.
DOÑA MARIA	Doña Concepcion Sampelayo.
LUCIA.	Doña Josefa Garcia.
ROSA.	Doña Francisca Tutor.
MARQUESA.	Doña Dolores Perez.
VECIÑA 1.ª	Doña Josefina Andreu.
IDEM 2.ª.	Doña Fernanda Perez.
UN CHICO	Doña Natalia Conde.
FEDERICO.	Don Julian Romea.
CORONEL	Don Antonio Pizarroso.
TOMAS	Don Antonio de Cuzman.
DON ANTERO.	Don Pedro Lopez.
DON JUAN.	Don Antonio Lozano.
FORTUNATO.	Don Calisto Boldun.
CABALLERO 1.º	Don Manuel Sotomayor.
IDEM 2.º	Don José Mas.
LUIS.	Don José Albalat.
CELADOR DEL BARRIO.	Don Lorenzo Ucelay.
VECINO 1.º	Don Fernando Guerra.
IDEM 2.º	Don Patricio de Sobrado.
VIGILANTE.	Don José Sineo.
Acompañamiento.	

La accion del prólogo pasa en Madrid en el año 1850. La del primer acto en Vizcaya en 1852: la del segundo y tercer acto, en Madrid en el mismo año.

PROLOGO.

El teatro dividido representa, á la derecha del actor, una plaza con bocas-calles en el barrio de Avapiés en Madrid; á la izquierda, el interior de una habitacion miserable con muebles de poco valor, como cama, mesa, cofre etc. si bien limpios y aseados. No habrá mas que una silla. En el lienzo divisorio una puerta que dá á la calle; al lado de la puerta una ventana.

ESCENA PRIMERA.

Doña María.—Luisa. *Vestidas de esa manera peculiar á las personas de alta clase, aunque esten en la indigencia: sus vestidos demuestran haber sido buenos. La primera aparece sentada, abatida y enferma; la segunda de pié y á su lado, contemplándola dolorosamente.*

Luisa. Llora, madre mia, llora;
no reprimas mas tu llanto
si asi alivias el quebranto
de la fiebre abrasadora.
Tal vez logres mitigar
llorando tu acerba pena;
yo te miraré serena:
no te consuela el llorar?

Maria. Ay! La desesperacion
no tiene lágrimas!

Luisa. *(Con dulce reconvencion.)* Eres
incorrejible!

Maria. Qué quieres,
si mi pobre corazon
está yerto, Luisa, ahora!

luego, en este cuarto... mira...
no es verdad que se respira
un aire en él que devora?
Cómo he de tener salud?
Siempre oscuro, siempre frio...
qué le falta ya, Dios mio,
para ser un atahud?
Qué, dime?

LUISA. Mamá, mamá,
parece que te propones
gozarte en mis desazones...
ten valor... ya cambiará
nuestra amarga suerte adusta,
y entonces mejoraremos
y en el campo viviremos
que tanto, tanto te gusta.
Ya verás cómo las flores,
caprichosas, perfumadas,
recrearán tus miradas
y aliviarán tus dolores.
Contemplarás cómo el sol
precedido de la aurora,
alegra, baña y colora
con su májico arrebol,
la colina, la pradera,
los verdes campos, el rio,
y el añoso bosque umbrío,
y la jigante palmera.
Ya verás cómo aspirando
entonces la brisa pura,
de la salud la frescura
va tornando poco á poco.
Qué feliz será tu Luisa
viendote buena, mamá!
Con qué placer mirará
en tu boca una sonrisa!
(Doña María la apreta las manos con triste efusion.)
No se regocija, dí,
tu buen corazon oyendo
lo que yo te estoy diciendo?
No te alegras, mamá?

MARIA. *(Con triste sonrisa.)* Sí,

sí; me alegro cuando escucho
cómo halagas mi deseo;
y aunque, Luisa, no lo creo,
me alegro, me alegro mucho.
Las praderas! Muy hermosas
son! Muy bellos los matices
de los campos! Conque, dices
que aun podemos ser dichosas?

LUISA. Quién lo duda?

MARIA. (Tiene fé,
mas vale así.)

LUISA. Supongamos
que cuando menos pensamos
llega el coronel, y que
probando ante el tribunal,
que hasta hoy no sabe tal cosa,
que tú, mamá, eres la esposa
de don Enrique de Artal,
conde y marqués de Alva Flor,
ordenarán, qué contento!
te devuelva en el momento
tu hacienda al usurpurador.
Otra vez rica, saldrás
de este estado lastimero...
nos iremos lo primero
á una casa en que tendrás
un bello jardin, salones,
ricas alfombras, espejos
cuyos brillantes reflejos
realzarán tus blasones
incrustados por do quier:
no te parece?

MARIA. Sí, sí!
Tanta ventura, ay de mí!
no la volveré yo á ver.

LUISA. Pero por qué no, mamá?

MARIA. Porque eso, hija, es muy incierto;
don Fermin debe haber muerto
cuando no ha venido ya.
En dos años que ha partió
de París con mis papeles,
¡tristes años, bien crueles
esos que Dios nos mandó!

En cuyo tiempo, y sin mas
recursos que tus labores,
y los continuos favores
de ese pobre buen Tomás,
¿supe, por ventura, nada
que acredite que esté vivo?
No tengo, dime, motivo
para estar desesperada?

LUISA. Tambien puede ser que aquí
ya esté, y buscándonos ande;
mas como la corte es grande,
no es fácil hallar así
á las gentes: esperemos;
no te aflijas, madre mia;
verás cómo nos le envía
Dios, cuando menos pensemos.

ESCENA II.

Dichas.—FORTUNATO, *llamando á la puerta.*

MARIA. Han llamado?
LUISA. Sí.
FORTUN. Señora!
MARIA. *(Con angustia.)*
El casero!!
LUISA. *(Abriendo la puerta.)*
Voy.
FORTUN. Maestra,
tiene miedo á los ladrones?
LUISA. (Qué ironia tan sangrienta!)
FORTUN. Me alegro, porque es señal
de que llegó ya moneda...
(Aparte á Luisa.)
Usted, siempre tan bonita...
(A doña Maria.)
Felices... cómo se encuentra?
MARIA. Siempre igual; sírvase usted...
(Ofreciéndole la silla.)
LUISA. Por Dios, señor, que está enferma.

MARIA. *(Sonriendo tristemente.)*
Ca, no!
FORTUN. *(Sentándose.)*
Sí, ¿y quien no lo está
con tanta y tanta escalera
como hay que subir al dia
para cobrar la miseria
de los alquileres? Oh!
(Doña Maria se sienta en el cofre que hay junto á la cama.)
Dichoso el que á pierna suelta,
como ustedes, come y duerme,
y...
(Saca una cartera.)
LUISA. *(Con amarga ironia.)*
Es verdad.
FORTUN. En fin, paciencia,
no hay atajo sin trabajo...
aquí está lo que me adeudan
por quince meses de casa
á razon de diez pesetas.
No les cuento por supuesto
el importe de vidrieras,
picaportes y pintura
de las ventanas y puertas,
porque yo soy razonable
y tengo mucha conciencia...
Conque á razon de dos duros
al mes, quince suman treinta.
MARIA. *(Angustiada.)*
Treinta duros!
LUISA. Y usted cree
que una cantidad como esa
puede tener una viuda
sin mas bienes ni otras rentas
que lo poco que yo gozo?
FORTUN. Dios me libre y me defienda
de meterme á contador,
señora, de bolsa agena.
Mas lo que yo sé muy bien,
es decir, á ciencia cierta,
es que debe de pagar
su casa el que habita en ella.

LUISA. Tiene usted razon.
FORTUN. Pues.
LUISA. Pero...
ya ve usted nuestra indigencia...
que nos es ahora imposible,
y si usted no nos da treguas...
FORTUN. Piensa usted que á mí me da
el Gobierno tanta espera
para aflojar el bolsillo
cuando los trimestres llegan?
LUISA. Por piedad, señor; así
que mi mamá esté buena,
yo veré si trabajando...
FORTUN. Pero, por qué no la llevan
á un hospital?
MARIA. *(Se reclina sobre la cama.)*
Dios eterno!
(Luisa le mira con espanto.)
FORTUN. Vamos, qué de malo encuentra...
que así me mira espantada?
Alli tendria asistencia...
LUISA. *(Con espanto.)*
Llevarla yo al hospital?
FORTUN. Pues, al de la Orden tercera.
LUISA. Antes saldré por las calles
pidiendo de puerta en puerta
una limosna.
FORTUN. Corriente;
toda vez que usté es tan terca...
pero hágalo usted prontito
porque hay quien el cuarto espera.
(Luisa llora.)
Yo lo siento... y... la verdad...
(Aparte á Luisa.)
si usted fuese mas benévola...
la perdonaba al momento,
se lo aseguro, la deuda.
¿Por qué no conoce usted,
que por mirar yo risueña
esa boca tan bonita?...
LUISA. *(Con mucha dignidad.)*
Caballero!
FORTUN. Sí, de veras:

oh! y al fin soy un soltero...
ya ve usted, y tengo haciendas
que desde luego la ofrezco...

LUISA. Basta, basta de insolencia.

FORTUN. *(Con tono persuasivo.)*
No tal, usted equivoca
lo que es una simple oferta...

LUISA. Que yo rechazo indignada,
prefiriendo mi indigencia.

FORTUN. Pues tiene usted muy mal gusto:
otra en su puesto...

LUISA. (¡Oh vergüenza!)

FORTUN. Querria vivir mejor
en medio de la opulencia...
en un cuarto principal...
y

LUISA. Calle la torpe lengua,
salga pronto de aquí.

FORTUN. *(Con afectado enojo.)*
Cómo se entiende? Usted me echa
de aquí?... Sabe quién soy yo,
que de ese modo gallea?

LUISA. Miserable! Y sabe usted
á quién le hace esa afrenta?

FORTUN. Eh! por Dios, usted confunde
como he dicho mi propuesta...

LUISA. *(Con brio.)*
Caballero!

FORTUN. Bien, me voy;
mas pronto daré la vuelta:
ya verá usted lo que gana
con mostrarse tan severa.
(Sale.)

ESCENA III.

DOÑA MARIA *y* LUISA *en el cuarto.*—FORTUNATO *y* ROSA *con una cestita en el brazo, en la calle.*

LUISA. Qué insulto! Qué iniquidad!

MARIA. *(Como despertándose.)*
Ay!

LUISA. Duermes?
MARIA. No, estoy despierta...
pero tengo tan pesada,
hija mia, la cabeza.
FORTUN. *(Con zalamería.)*
Hola, Rosa!
ROSA. *(Poniéndose en jarras.)*
Qué se ofrece?
FORTUN. Me alegro de verte buena.
ROSA. Muchas gracias; y qué mas?
FORTUN. Respondes de una manera
tan poco graciosa... Cuántos
años tienes, Rosa?
ROSA. Ochenta.
FORTUN. *(En accion de tocarla la cabeza.)*
Jesus, qué pelo tan negro
tienes para ser tan vieja!
ROSA. *(Alzando la mano.)*
Paso atrás, don Fortunato,
ó le hago escupir las muelas.
FORTUN. No, no te molestes: dime,
cuándo me pagas la resta
del mes pasado? Los quince
reales... ya sabes...
ROSA. Paciencia:
por ahora no hay trigo.
FORTUN. *(Con risita irónica.)*
No?
Es que si no pagas, prenda,
te voy á arrojar los trastos
por la ventana.
ROSA. *(Enarcando los brazos.)*
Canela!
Y con qué mano va á hacerlo,
con la izquierda ó la derecha?
FORTUN. Ya lo verás.
ROSA. Que si quieres!
FORTUN. Adios, Rosita hechicera:
luego hablaremos. *(Sale.)*
ROSA. Salud...
para romperse las piernas.
Mis trastos por la ventana!
(Llama.)

MARIA. Que llaman, Luisa.
LUISA. Está abierta.
ROSA. Soy yo, señora.
LUISA. Rosita,
mamá.
MARIA. Que Dios la proteja.
ROSA. Buenos dias.
LUISA. *(Abrazándola llorando.)*
Ay!
ROSA. Qué es esto?
Las ha apurado ese pelma
de casero? Así los diablos
hagan con sus huesos trenzas!
LUISA. Como le debemos tanto!
ROSA. Si le deben, que le deban.
LUISA. Ya no quiere esperar mas;
en vano rogué.
ROSA. Soberbia!
LUISA. Ay, qué será de nosotras!
MARIA. Que sea lo que Dios quiera!
ROSA. Caramba, no hay que apurarse...
(Se ablandaria una piedra.)
Ya se vendrán á mi casa
si las despide ese... y mientras
que mi Pepe haga zapatos,
y tenga yo una libreta,
nos la partiremos y...
salga el sol por Antequera.
LUISA. (Qué corazon!)
MARIA. Gracias, hija.
ROSA. Nada, nada; afuera penas.
Ahora es preciso que tome
un vizcocho de canela
que la traigo aquí.
MARIA. Oh, usted es,
Rosa, nuestra Providencia!
ROSA. Qué he de ser? Yo no soy mas
que una pobre cigarrera...
Conque vamos, ánimo, ánimo...
MARIA. Tengo la boca tan seca.
Si fuese jarabe!
LUISA. (Ay!)
ROSA. *(Con mucha naturalidad.)* Sí,

pero cuesta una peseta!
(A Luisa.)
Cuántos cuartos tiene usted?
Miremos las faldriqueras
y veamos...
(Lo hace.)

LUISA. *(Con hondo pesar.)*
Ninguno.

ROSA. *(Con mucha naturalidad.)*
Ay! Ninguno. Qué miseria!

LUISA. *(Con profundo dolor.)*
Es verdad!

MARIA. *(Sonriéndose.)*
No, no es preciso...
Fué tan solo una ocurrencia...
(Cuánto sufro!)

LUISA. (Me resuelvo.)

ROSA. (¡Tan pobres siendo tan buenas!)

ESCENA IV.

Dichas.—TOMÁS.

TOMAS. Se puede entrar?

ROSA. *(Mirando por la ventana.)*
Adelante.
(Anunciándole.)
El tio Tomás.

LUISA. (Qué suplicio!)

MARIA. (Si nos traerá algun consuelo!)

LUISA. Señor Tomás, bien venido;
ha descubierto usted algo?

TOMAS. Señorita...

LUISA. Amigo mio,
hable usted, yo se lo ruego.

ROSA. Si estorbo aquí, me retiro.

LUISA. Estorbar! Vosotros dos
sois los únicos amigos
que tenemos en el mundo.

TOMAS. Quién sabe!

LUISA. Cómo! Le ha visto?

MARIA. Será posible! Y el pleito,

le hemos ganado? decidlo.
TOMAS. El pleito!!
LUISA. Tiene razon:
si él no sabe... pobrecillo!
Qué niñas somos, mamá!
TOMAS. Señorita, lo que digo...
es decir, lo que decia,
es que por mas que he corrido
preguntando donde quiera
por don Fermin de Patiño,
ninguno me pudo dar
ni aun el mas pequeño indicio.
MARIA. (Oh, qué suerte!)
LUISA. *(Con abatimiento.)*
Conque nada!
TOMAS. Mia la culpa no ha sido;
le busqué por todas partes,
y busco con un ahinco...
pero, quién puede encontrar
en Madrid á un individuo
sin mas señas que su nombre?
LUISA. Es verdad, no es muy sencillo.
Dejó usted, como le dije,
en la fonda el papelito?
TOMAS. Sí señora.
ROSA. Espera usted,
Luisita, á algun conocido?
LUISA. Sí, Rosa; es un coronel,
un amigo que lo fué íntimo
de papá, y con quien en Francia
mucho tiempo hemos vivido,
que nos guarda documentos
muy importantes, muchísimo.
(Rumores.)
Ah! si él estuviera aquí,
tendriamos grande alivio;
pero segun las noticias
que acerca de él han corrido,
fué desterrado á Manila...
Mas no oyen ustedes gritos?
ROSA. *(En la ventana.)*
Sí, sí; es el casero, que
despide á sus inquilinos.

LUISA. *(Con angustia.)*
(Oh!)
ROSA. Jesús! cuando me acuerdo
que ese atún nos ha vendido
detrás de un mal mostrador,
jabon, vinagre y clavillo,
y ahora lleva fraque y guantes,
y es casero, y... Jesucristo!
Pero cómo hace esa gente
para pegar tales brincos?
TOMAS. Paciencia, Rosa, paciencia.

ESCENA V.

Dichos.—FORTUNATO *seguido de gentes del pueblo.*—ROSA *en la ventana.*

FORTUN. Que no quiero, les repito.
Ya me canso de esperar:
y si no pagan hoy mismo,
recojo las llaves, y...
mañana les cito á juicio.
ROSA. *(Con ironia.)*
Bien, señor don Fortunato.
FORTUN. Oh! y tambien lo haré contigo.
VEC.° 1° *(Lleva puesto un mandil de zapatero: en una mano una horma, en la otra un tirapié. Con sumision.)*
Pero, hombre, por Dios, recuerda
las veces que hemos comido
juntos cuando tú eras pobre.
ROSA. Ta, ta! Entonces vendía hilo.
FORTUN. Que tú llevabas fiado.
VEC.ª 1.ª Sea usted caritativo.
VEC.ª 2.ª Espere usted...
FORTUN. Nada, nada:
ó me pagan, ó lo dicho.
El que crea que yo gasto
mi dinero en edificios
para que vivan de balde
los ociosos y los... digo
que se engaña.

VEC.º 2.º Pero, señor,
si ni aun pan á nuestros hijos
podemos darles.
FORTUN. Que ayunen.
ROSA. *(Con mucha ironía.)*
Dice bien.
VEC.º 1.º Y los oficios
están tan malos...!
FORTUN. Entonces,
por qué no os pegais un tiro
y os marchais con... el gran turco
á servirle de inquilinos?
VEC.ª 2.ª Qué atrocidad!
CHICO. Usté es un trigue.
FORTUN. *(Dándole un puntapié.)*
Bagabundo!
CHICO. *(Lloriqueando.)*
Señor mico!
(Escondiéndose.)
FORTUN. *(Buscándole.)*
Cómo se entiende?
ROSA. *(Riéndose.)*
Me alegro.
FORTUN. Descarada!
ROSA. *(Disponiéndose á salir.)*
Beduino!
VEC.º 1.º *(Al casero.)*
Y por qué pega al muchacho?
VEC.ª 1.ª Si estuviera aquí su tio!
FORTUN. Y por qué me insulta?
VEC.º 2.º Y quién
es usted, ni qué dominio
tiene para pegar á otro?
VEC.ª 2.ª No falta mas!
VEC.ª 1.ª Clomo es rico!
ROSA. *(Cuadrándose delante de él.)*
Aquí estoy yo; qué se ofrece?
Vamos, responda usted; vivo!
FORTUN. Sí? Pues bien; voy á dar parte
de todo lo que ha ocurrido...
ROSA. *(Columpiándose sobre los piés.)*
Al señor celador?
FORTUN. Justo.

VEC.ª 2.ª (*Asustada.*)
(Al celador, san Patricio!)
ROSA. (*Con ironía.*)
Quiere usted que yo le lleve
de la mano?
FORTUN. Convenido:
pero, no me llevarás.
ROSA. (*En accion de andar.*)
Que no? Sígame usted.
VOCES. (*Palmeando.*)
Victor!
ROSA. Qué, piensa usted que yo creo
que se come á los chiquillos
crudos el celador?
FORTUN. (*En tono de amenaza.*)
Bien!
VEC.ª 1.ª No tengas miedo.
ROSA. Maldito.
VEC.ª 2.ª Ya iremos á declarar
nosotras como testigos.
FORTUN. Corriente, allá lo veremos.
ROSA. Andando se quita el frio.

ESCENA VI.

DOÑA MARIA, *dormida.*—LUISA.—TOMAS.

LUISA. (*Poniéndose un velo delante de un espejito.*)
(Resistir mas fuera un crímen!)
TOMAS. Va usté á salir?
LUISA. Es preciso:
voy á ver si hallo labor
á casa de... (qué martirio!)
Pero, pronto doy la vuelta:
á usted Tomás, la confio. (*Sale.*)
TOMAS. (Pobre hija, y pobre madre!
No ser yo rico, muy rico!)
(*Se sienta cerca de la cama.*)

ESCENA VII.

LUISA, *en la calle.*

¡Cual pesa sobre mi frente
este miserable velo!
¡Siento un frio... que me hielo,
y estoy sin embargo ardiente!
Oirán mi acento, ay de mí!
cuando pida avergonzada,
y trémula y angustiada
una limosna por tí?
Vamos, vamos, corazon;
dale fuerzas á mis piés:
consuélate con que es
santa tu resolucion.
(Desaparece por una de las calles.)

ESCENA VIII.

DOÑA MARIA.—TOMAS.

MARIA. Yo soy su esposa... la dueña
de todo... y osais, malvados,
disputarme mis estados?
TOMAS. La pobre señora sueña!

ESCENA IX.

FEDERICO.—JUAN.—LUIS.—CABALLEROS.

LUIS. *(A Federico dándole broma.)*
Alguna manola, eh?
CAB. 1.° *(Idem.)*
Cierto,
por estos barrios...
CAB. 2.° *(Idem.)*
Bien, chico!
FEDER. Qué sinplezas!

JUAN. *(En tono paternal)*
Federico!
Cuenta con un desacierto.
FEDER. Señores, estais tocando
que es un gusto el violon:
no hay motivo ni razon
para lo que estais pensando.
Del juego con buena suerte
por la Ronda me salí,
y sin pensar me hallé aquí.
LUIS. *(Con risita.)*
Estaba la banca fuerte?
FEDER. No estaba mala.
CAB. 1.° Has ganado?
FEDER. Sobre ochenta onzas.
JUAN. De modo
que te has repuesto?
CAB. 2.° Que en todo
has de ser afortunado!
CAB. 1.° Si se bate, sale bien.
JUAN. Y se bate á cualquier hora.
LUIS. Si habla á una mujer, le adora.
JUAN. Si juega, gana tambien:
qué mas fortuna anhelar
que la que el cielo te dió?
FEDERI. Pues batirse como yo,
y jugar, y enamorar.
JUAN. Duelos, amoríos y... oro!
FEDER. Todo sobra al caballero
y magnífico heredero
del marqués de San Teodoro.
JUAN. *(Suspirando.)*
De aquí á entonces!...
FEDER. Sin embargo,
tu tio está ya machucho,
y aunque quiera vivir mucho,
no puede, Juan, ser muy largo.
LUIS. Sigue usted con la Frasquita
en relacion amorosa?
CAB. 1.° Qué! Si la dejó por Rosa.
JUAN. Y á Rosa por la Conchita.
FEDER. Sí, las tres estan vacantes;
os las ofrezco, señores.

CAB. 2.° Gracias por tantos favores.
LUIS. No las faltarán amantes.
CAB. 1.° Quién lo duda?
FEDER. Es natural:
hay mas tontos que mujeres!
JUAN. Hombre, tambien tú las quieres.
FEDER. Las quise.
LUIS. *(Con risita.)*
Pues.
FEDER. No es igual.
Confieso que con furor
larga amé una temporada;
pero se empeñó mi amada
en curar mi mal de amor,
y aunque bien la dió que hacer
aquel cariño inesperto,
trabajó con tal acierto
que al fin vine á conocer
en sus manejos ya ducho,
que la mujer mas apuesta
no vale lo que nos cuesta,
y eso aunque nos quiera mucho.
No creais que tenga á gala
por lo dicho en mis enojos
esquivar los bellos ojos
de esas tigres de Bengala,
no: mas las veo en verdad,
así, lo mismo que veo
las pinturas del Museo;
por solo curiosidad.
(Luis se rie con esa risita infantil y afeminada, aprobando con la cabeza.)
JUAN. Eso es que de Micaelita
el recuerdo aun te atormenta?
FEDER. Cà!
JUAN. Pero, hombre, quién presenta
á una chica tan bonita
á ningun profano?
FEDER. Psé!...
Entonces yo no sabia
que el hombre no se debia
fiar del hombre... y á fé,
que me alegro: de este modo

descubierto ya el secreto
á nada me comprometo
aunque aspirar quiera á todo.

LUIS. Me gusta esa teoría.

JUAN. *(Rechazándola.)*
Eh!

FEDER. La hallas mala?

JUAN. Infernal.

FEDER. Bueno, siga cada cual
la suya, que esa es la mia.

JUAN. Las mujeres, cierto es que
nos dan alguna zozobra.

FEDER. En el mundo estan de sobra
las mujeres, creemé.

JUAN. Magnífico! Me seduces.

LUIS. Ocurrencia singular!
(A Federico.)
Quién habia de ocupar
su puesto?...

FEDER. Los avestruces.

LUIS. *(Riéndose.)*
Brabo, bien; amigo, veo
que es usted como ninguno,
chistosísimo, oportuno...
(Federico da señales de reprimir su disgusto.)

JUAN. ¿Quieres venir á paseo
al Canal?

FEDER. Ya he paseado.

LUIS. Venga usted, don Federico.

FEDER. *(A Juan.)*
Mira, llévate á ese mico
cuanto antes de mi lado.

LUIS. Hombre... usted es muy gracioso.

FEDER. *(Con cierta risita irónica.)*
Sí?

LUIS. Venga usted; se lo ruego.

FEDER. *(Con cierto tonillo.)*
Amigo...

JUAN. Pues... hasta luego.

FEDER. Adios.

JUAN. *(Llevándose á Luis.)*
Vamos.

LUIS. *(Sale riendo.)* Qué chistoso! *(Salen.)*

ESCENA X.

FEDERICO.

Su recuerdo! Dicen bien.
Su recuerdo me es aun grato,
y aunque de ocultarlo trato
me hace daño su desden.
Nadie mira indiferente
el tesoro que ha perdido:
ay! se queja el que está herido
y si no se queja siente.
Pero quién piensa en sentir
males que Dios nos envia?
Tengamos filosofia,
y paciencia, y á vivir.

ESCENA XI.

LUISA, *con el velo echado.*—FEDERICO *al volverse para marchar se encuentra con Luisa que le alarga una mano suplicante y trémula de emocion.*—UN VIGILANTE *la acecha, y en el momento en que vé que Federico la va á dar limosna se acerca cogiéndola del brazo.)*

LUISA. Caballero!
FEDER. Quién es, eh!
(Una tapada!)
LUISA. Señor...
FEDER. (Seguro, lance de honor.)
Vamos, qué se ofrece?
LUISA. Que...
(Dios mio, me estoy muriendo!)
FEDER. Ese velo no me deja...
LUISA. Ay!
FEDER. Pero, en fin, qué la aqueja?
LUISA. Soy... una pobre...
FEDER. *(Sacando el bolsillo.)*
Ah! Comprendo...
VIGIL. Hola, vieja marrullera!

LUISA. *(Asiéndose del brazo de Federico.)*
Piedad!
FEDER. *(Al vigilante.)*
Cómo?
LUISA. (Me sofoco!)
VIGIL. Pues no me hizo trotar poco!
FEDER. (Vieja y pobre, buen lance era!)
VIGIL. *(A Luisa.)*
Vamos, vamos.
FEDER. *(Al vigilante.)*
No adivino...
VIGIL. Siga usted sin resistir.
FEDER. Y á dónde le ha de seguir?
LUISA. *(Apretándose contra Federico.)*
Por Dios!
VIGIL. A san Bernardino.
LUISA. (Oh!)
FEDER. Eso seria en mi juicio
obrar de buena manera,
cuando... esta señora fuera
una mendiga de oficio.
VIGIL. Si no fuera una mendiga,
no andaria por la calle
pidiendo con ese talle...
FEDER. Perdone usted que le diga
que está usted equivocado.
Yo conozco á esta señora,
y sé lo que es, lo que ha sido.
VIGIL. Pues yo he visto que ha pedido
limosna.
FEDER. Sí, como ahora
al círculo un poco estrecho
de amigos que la quedaron
de su esposo..
(Luisa comunica el natural estremecimiento que siente al oir esto á Federico que se interrumpe para mirarla.)
y la trataron
cuando estaban...
LUISA. (Me arde el pecho!)
VIGIL. Pero si esta vieja...
FEDER. *(Con dulce reprension.)*
Anciana,

que ahora ve tan indigente
es... viuda de... un intendente
que murió... Vamos, doña Ana,
ya saldrá de los apuros
en que hace tiempo voga;
Dios aprieta, pero no ahoga.
Tome usté estos ocho duros,
y mándeme usted á Elvira
si otra vez se encuentra escasa;
no salga así mas de casa.

VIGIL. Media onza!

FEDER. De qué se admira?
Qué menos podria darla
á una amiga, á una señora?

VIGIL. Y la desgraciada llora!

FEDER. Dejemos de atormentarla...
(Al querer marchar, Luisa se echa á sus piés.)
Qué hace usted, pobre mujer?

VIGIL. Para ella ha sido un tesoro!

FEDER. (Quién por un poco de oro
no disfruta este placer?)
Señora...
(Al vigilante.)
Vamos de aquí,
porque siento una emocion...
(Gracias, gracias, corazon,
estoy contento de tí!)
(Se va con el vigilante.)

ESCENA XII.

LUISA, *levantándose el velo.*

Oh, qué alma! Qué bondad!
Que Dios, jóven, te bendiga,
como lo hace esta mendiga
en su mísera horfandad!
Qué venturoso, ay de mí!
serias en en este mundo,
si Dios oyera el profundo
ruego que le hago por tí!
Quién pudiese una corona

ceñir á tu noble frente
en cambio de este presente
que tu caridad abona!
(Rumores.)
Mas qué rumor?... Me parece
que oigo la voz del casero!
Mamá! Tomás!

TOMAS. Aquí estoy,
señorita.

ESCENA XIII.

DOÑA MARIA.—LUISA.—TOMÁS.

LUISA. Tengo miedo!
Se ha despertado ya?

TOMAS. No,
señora.

LUISA. Cierre usted presto.
(Dios mio! Y no he preguntado
á ese jóven caballero
quién era, dónde vivia...
Era tal mi aturdimiento...
Si yo supiese su nombre,
con qué profundo respeto
le pronunciaria!—Y es
(Mirando la moneda.)
un doblon nuevo; sí, nuevo.
Si yo pudiera guardarle
siempre aquí dentro del pecho!)

TOMAS. Ha encontrado usted labor?

LUISA. Sí, señor Tomás.

TOMAS. Me alegro,
sí, me alegro tanto, como
el no poder darlas siento.

LUISA. Aun le parece á usted poco
que nos da hace tanto tiempo,
y casi toda la paga
que cobra como sargento
retirado?

TOMAS. *(Avergonzado.)*
Señorita...

LUISA. Ah! señor Tomás...
TOMAS. No hablemos
de esa miseria.
LUISA. Al contrario...
TOMAS. *(Interrumpiéndola.)*
Sabe usted que siempre creo
que don Fermin ha de ser
un capitan de lanceros
con quien serví de asistente
cuando estuve en el ejército?
Tambien se llamaba así,
y... era muy franco, en estremo;
pero honrado y campechano,
y leal, como el primero.
(Rumores.)
LUISA. Lo mismo es este, lo mismo.
TOMAS. Ay, si fuera él! Qué contento!
LUISA. No oye usted ese alboroto?
TOMAS. Y se aproxima el estruendo.
LUISA. No, no abra usted la ventana;
así incomodarán menos.

ESCENA XIV.

Dichos.—ROSA.—FORTUNATO.—UN CELADOR *y* VECINOS *en la calle.*

CELAD. Dice bien don Fortunato.
Insultar así á un casero,
porque pide lo que es suyo,
es un insulto directo
á su persona, á las leyes,
y... habeis sido unos camuesos.
VEC.º 1.º Nos dijo tunos.
CELAD. Mal dicho.
VEC.ª 1.ª Y pegó á un chico.
CELAD. Mal hecho.
ROSA. Y á mí me llamó tambien
descarada.
CELAD. No lo apruebo.
VEC.ª 2.ª Es verdad.
VEC.º 2.º Si señor, sí.

FORTUN. Porque ella...
VEC.ª 1.ª *(Interrumpiéndole.)*
No, eso no es cierto.
FORTUN. Conque no?
VEC.ª 2.ª Mentira.
CHICO. Es falso.
FORTUN. Pero, señor...
CELAD. Eh, silencio!
MARIA. Qué ruido es ese, hija mia?
LUISA. Nada.
MARIA. Jesus, cuánto duermo!
CELAD. No sabeis que este baston
es la insignia...
ALGUNOS. Obedecemos.
CELAD. Pues entonces escuchad
lo que á decir voy atentos,
y nadie apele del fallo
que dictaré malo ó bueno.
(Al vecino 1.°)
Cuanto debe usté al señor?
VEC.° 1.° Catorce reales.
FORTUN. Y medio.
CELAD. *(Al 2.°)*
Y usté?
VEC.° 2.° Nueve.
FORTUN. Y cinco cuartos.
CELAD. Hombre, el pico...
ROSA. Cicatero!
CELAD. Y tú, Rosa?
ROSA. Quince reales,
que ni pago ni los niego.
CELAD. Conque todo suma...
FORTUN. Aun faltan
(Por doña María y Luisa.)
esas dos.
CELAD. Ya las veremos.
Treinta y ocho...
FORTUN. Y nueve cuartos.
CELAD. Hombre, no sea usted podenco,
y perdone la franqueza.
FORTUN. La cuenta...
CELAD. Ay, qué testa ferro!
FORTUN. Es cuenta, y...

CELAD. Tome usté, tome
ahora mismo ese dinero.
FORTUN. Si usted no me debe nada!
CELAD. Es que le pago por ellos.
(Le paga.)
UNOS. Viva el señor celador!
OTROS. Echar al casero perros!
CHICO. *(Gritando.)*
Un coche, un coche!
CELAD. *(Mirando hácia donde indica el chico.)*
Es verdad...
y se apea un caballero...
VEC.° 1.° Y da la mano á una jóven...
VEC.ª 1.ª Qué majos van los cocheros!

ESCENA XV.

Dichos.—EL CORONEL.—LUCÍA. *Los vecinos se agrupan á su alrededor con curiosidad.*

CORONEL. Adios, señores: ¿podrán
darme razon... segun pienso
(Registrando las casas con la vista.)
es... calle del Avapiés,
número...
CELAD. En ella está, pero
usté, por quién preguntaba...
CORONEL. Por doña María...
ROSA. *(Con viveza.)*
Bueno!
Tiene una hija esa señora
que se llama Luisa?
CORONEL. Cierto.
ROSA. Es usted don Fermin?
CORONEL. Sí.
ROSA. El de Manila?
CORONEL. *(Admirado.)*
Qué es eso?
ROSA. *(Llamando.)*
Doña María! Luisita!
CORONEL. Viven aquí?
LUCIA. Qué contento!

ROSA. Tio Tomás!
TOMAS. *(En la ventana.)*
Qué es lo que ocurre?
ROSA. Salgan ustedes corriendo,
que está aqui don Fermin.
MARIA. }
LUISA. } *(Corriendo á la ventana.)*
Quién?
LUCIA. Luisa?
LUISA. Lucía!
TOMAS. Qué veo!
ROSA. Bien!
CORONEL. María!
MARIA. Coronel!
TOMAS. Mi capitan!
CORONEL. Calla! Herrero!
Hoy es la dicha completa!
FORTUN. *(Al Celador.)*
Entiende usted algo de esto?
LUISA. Con cuidadito, mamá.
MARIA. Eh, hoy me rejuvenezco!
VEC.ª 1.ª *(Por la de Lucía.)*
Ay, quién tuviera esta ropa!
VEC.ª 2.ª Buena estaria en tu cuerpo!

ESCENA FINAL.

TODOS. *En la calle.*

LUCIA. *(Abrazandose.)*
Luisa querida!
LUISA. Lucía!
(Hablan ap.)
FORTUN Brabo!
CORONEL. María!
MARIA. Fermin!
(Los vecinos los miran con suma curiosidad, hablando entre sí.)
VEC.ª 1.ª Y se abrazan!
MARIA. Te hallo al fin!
CORONEL. Cuanto anhelaba este dia!
MARIA. Pero, dí, dónde has estado?

Tanto tiempo sin decirme...
sin saber... sin escribirme...
CORONEL. *(Aparte á doña María.)*
Fuí á Manila desterrado...
VEC.ª 1.ª No arrempujes.
VEC.ª 2.ª Házte atras.
MARIA. *(Aparte á don Fermin.)*
Es posible!
CORONEL. *(Id. á doña María.)*
Ya sabrás
lo mucho que he padecido.
MARIA. Y el pleito?
CORONEL. Ya está ganado.
MARIA. Gracias, Dios mio!
(Abrazando á Luisa.)
Hija mia!
(Enseñándole sus vestidos.)
Qué te parece, Lucía?
CORONEL. (A qué estremo habian llegado!)
TOMAS. Mi capitan!
CORONEL. Buen Tomás!
Mi asistente veterano!
Aprieta, aprieta esa mano,
asi... voto á un cañon! mas!
LUCIA. *(A doña María.)*
Ya cambiaremos de traje:
quién por tan poco se apura?
MARIA. Me vá á matar la ventura!
CORONEL. Eh, vamos al carruaje,
que estamos aquí en berlina.
FORTUN. *(Descubriéndose.)*
Perdone usted, caballero:
yo, señor, soy el casero...
CORONEL. Qué le debe su inquilina?
FORTUN. Treinta duros.
CORONEL. *(Dándole dos onzas.)*
Lo demas
por réditos.
ROSA. *(Por Fortunato.)*
Miserable!
VEC.ª 1.ª *(Idem.)*
El monstruo!
FORTUN. *(Al Coronel.)* Usté es muy amable.

CORONEL. Vamos, señores, no mas
saludos ni dilaciones.
LUISA. Un momento, amigo mio;
no debo con tal desvio
abandonar relaciones
como las que tengo aquí.
Adios, Rosa, amada Rosa;
alma bella y generosa
que tanto has hecho por mí.
Ahí te dejo de mi historia
ese ajuar pobre padron:
mas tu noble corazon
sabrá apreciar la memoria.
Dame un abrazo y tu mano;
yo te probaré algun dia
que no ha sido, amiga mia,
tanta caridad en vano.
ROSA. *(Sollozando.)*
Luisa!
TOMAS. *(Idem.)* Ya no la veremos!
LUISA. Señor Tomás, sin embargo...
CORONEL. *(Tendiéndole la mano derecha á que besa.)*
Del buen Tomás yo me encargo.
LUISA. Los dos nos encargaremos.
CORONEL. Adios, señores.
FORTUN. Salud!
ROSA. *(Llorando.)*
Y ser venturosos!
LUISA. (Ah!
si aquel jóven lo será!)
(Salen.)
TOMAS. Dios premia al fin la virtud!
(Los vecinos les siguen hasta que salen de la escena, y cae el telon.)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Salon de verano en la granja de la Condesa. Macetas, floreros en las mesas etc. etc.

ESCENA PRIMERA.

El Coronel.—Tomás. *(Vestido de levita.)*

Tomas. Sí, señor, sí; me ha insultado;
y por Dios que si no fuera
por el respeto debido
á ustedes, y á mi prudencia,
yo le diria á esa jóven
entremetida, indiscreta
quien es ella y quién soy yo.
Coronel. Vamos, Tomás, ten paciencia.
Qué diantre! Tú eres un hombre
que ha llevado las jinetas,
y ella al fin una criada
como todas, vocinglera.
Tomas. Es que como usted no tiene
que aguantar sus peloteras.
Coronel. Aun crees que aguanto pocas
con la bendita Marquesa
doña Emilia, des que estamos

todos juntos con la buena
y siempre adorable Luisa?
Aguantas! Ay! yo quisiera
verte en mi puesto!

TOMAS. Pues, por
eso son con su doncella
las zambras que en esta quinta
tenemos y las reyertas.
Es verdad que era lo mismo
hace dos años; se empeña
en que la tia es aquí
el gefe y la coronela
por quien dice que ganó
su sobrina la condesa
el pleito, y como yo sé
que lo que hay en la materia
de cierto es, que esa señora
á pretesto de parienta
del difunto señor conde,
hace y deshace, y maneja
cuando quiere y como quiere,
y siempre que...

CORONEL. Mira, ordena
que preparen el almuerzo
que es lo que nos interesa,
y no hagas caso de dichos
de criadas bachilleras.
Yo voy á dar un paseo,
que la mañana está fresca,
y... el almuerzo, Tomás.
(Sale.)

TOMAS. Bien;
estará cuando usted vuelva.

ESCENA II.

TOMAS.

Pues! nada, no haga usted caso
aunque digan lo que quieran
y aunque la echen de parientes
personas que en otras épocas...

Ay! si viviera la madre
de la señora condesa!
Pero la pobre gozó
tampoco del cambio!—Apenas
llegó á dos meses: qué mundo!
Dios en su gloria la tenga.

ESCENA III.

TOMAS.—LA MARQUESA.—ANTERO.

MARQ.ª Sirviente!
TOMAS. *(Con cierta socarroneria respetuosa.)*
Qué manda usia?
MARQ.ª Que viva en la inteligencia
de que el criado que aquí
mis órdenes no respeta,
y es chismoso, y habla cosas
que no son de su incumbencia,
en mi casa está demas:
no descuide la advertencia.
TOMAS. Pues en dos años que hace
que la señora condesa
tuvo á bien el recogerme,
no la he dado, que yo sepa,
ningun motivo...
MARQ.ª Bien, basta.
TOMAS. (La tal criada! ya es prenda!)
(Sale.)

ESCENA IV.

LA MARQUESA.—ANTERO.

ANTERO. Sabe usted que no la iguala
en magestad una reina
cuando sus órdenes dicta
mi señora la marquesa?
MARQ.ª A estas gentes es preciso
tratarlas á la baqueta,
y ese es un viejo insolente...

con muchas maulas á cuestas.
ANTERO. Entonces, por qué le tiene
á su lado la condesa?
MARQ.ª Ya vé usted, como sirvió
con don Fermin en la guerra
de los años ocho al doce,
y mi sobrina es tan buena
y tan inocente...
ANTERO. Entiendo:
por don Fermin le tolera
á quien ama como á un padre
y cariñosa respeta.
MARQ.ª Es verdad.
ANTERO. Nada mas justo.
Pero dejando, marquesa,
puerilidades á un lado
que no merecen la pena,
hablemos, si á usted le place,
de otra cuestion que es mas seria.
MARQ.ª *(Sonriéndose.)*
Siempre á lo mismo, eh?
ANTERO. Sí, siempre;
ni es posible que suceda
jamás otra cosa, amando
como yo amo á la condesa?
Des que usted me presentó
á su sobrina hechicera
hace seis meses, y á poco
de haber dado aquí la vuelta
de Francia con don Fermin,
sé por ventura, marquesa,
hacer mas que idolatrarla?
Cómo no hablar siempre de ella?
MARQ.ª Sí, ya veo...
ANTERO. Pero usted,
que es la suma complacencia;
que tanto quiso á mi tio
don Lamberto Gil Perea,
apoyará usted mi amor,
señora, con su influencia!
MARQ.ª No le he dicho, don Antero,
dos mil veces ya con esta,
que yo veré por usted

de hacer todo cuanto pueda?
ANTERO. Ay! soy tan desconfiado
en amorosas empresas!
MARQ.ª Eh, quién vió desconfiar
de una manera como esa
á todo un subsecretario
nada menos que de Hacienda?
Procure usted por su parte
el hacer que la condesa
admita sus rendimientos,
que á la mia siempre queda
apoyarlos hasta donde
pueda alcanzar con mis fuerzas.
ANTERO. Oh, marquesa de mi vida!
mi gratitud será eterna.
MARQ.ª Vamos, deme usted el brazo;
iremos á la alameda
hasta la hora de almorzar.
(Saliendo.)
Aproveche usté y no duerma,
don Antero, el mesecillo
que ha traido de licencia...
ANTERO. Así lo haré.
MARQ.ª Y confianza.
ANTERO. (Fortuna, no seas adversa!)
(Salen.)

ESCENA V.

LUCÍA.—LA CONDESA.

LUCIA. No debes, condesa, así
atormentarte ya tanto.
CONDESA. No sabes tú el dulce encanto
que eso tiene para mí.
Cuando contemplo las flores
que mi madre mas queria,
y al nacer el nuevo dia
por entre rojos colores,
siento el ténue vientecillo
recorrer jugueteando
los aromas refrescando

de la salvia y del tomillo,
evoco con efusion
su idolatrada memoria:
tambien entonce otra historia
recuerda mi corazon.

LUCIA. La del joven?...

CONDESA. Sí, de aquel
hombre humano y generoso
que me socorrió piadoso
en situacion bien cruel;
la de aquel noble mortal
que ha dos años... suerte impía!
qué por hallarle no haría
yo?

LUCIA. Es estraño!

CONDESA. Soy fatal.

LUCIA. Digo, que estraño que así
le ames sin conocerle.

CONDESA. Y qué me importa no verle
si siempre le tengo aqui?
(Sacando la media onza que lleva en su pecho pendiente de una cadena.)
No le contemplo gozosa
en este doblon de oro
que guarda como un tesoro
mi gratitud amorosa?
No está siempre de mí en pos
segura de no perderle?
Que le amo dices sin verle!
No amamos lo mismo á Dios?

LUCIA. Pues no andas cuerda presumo,
y perdóname el empeño,
en amar tanto á un diseño
trazado con lapiz de humo.

CONDESA. Por qué?

LUCIA. Supongamos un momento
que al fin otra vez le halláras;
mas, por una de esas raras
anomalías sin cuento
de que el mundo está plagado,
fuese indigno ese señor
de esa ternura, ese amor
que tanto vuelo ha tomado:

no te espantan, Luisa mia,
las fatales consecuencias
de tus perdidas creencias?
CONDESA. Pues aun así le amaría.
LUCIA. Qué es lo que dices, condesa!
CONDESA. Ay, me matan tus razones!
LUCIA. Siento que te desazones,
pero por mas que me pesa...
CONDESA. Él indigno! No, Lucía.

ESCENA VI.

Dichas.—TOMAS.

CONDESA. *(Guarda la moneda.)*
Qué hay, Tomás?
TOMAS. Un cazador
que solicita el honor
de una audiencia con usía.
CONDESA. *(Sonriendo.)*
Diplomática es la frase.
TOMAS. Así dijo: puede entrar?
LUCIA. *(Idem.)*
Con efecto, es singular!
CONDESA. Que pase al punto, que pase.
(Sale Tomás.)
LUCIA. Será sin duda un bromazo.
CONDESA. Ya veremos lo que salga.
(Coje un ramo de flores con el que juguetea.)

ESCENA VII.

Dichas.—FEDERICO *en trage elegante de caza con látigo y espuelas.*

FEDER. Señoras...
CONDESA. *(Lanza un grito al verle.)*
Ay! (Dios me valga!)
LUCIA. Qué fué, Condesa?
FEDER. (*Cerciorándose de que es esta la Condesa.*)
(Ah!)

CONDESA. (*Tirando el ramo.*)
Un pinchazo...
(*Apretándose los dedos.*)
que... caballero...
FEDER. (Es un cielo!)
CONDESA. Siento... (Calma, corazon.)
LUCIA. Te pongo una venda con...
CONDESA. No.
FEDER. (*Ofreciéndosele.*)
Quiere usted mi pañuelo?
CONDESA. Gracias... (No sé qué decir.)
FEDER. Yo siento tambien...
CONDESA. No es nada.
FEDER. Que principie mi embajada
por principiar á sentir.
CONDESA. Si otro mal de mas valor
que lamentar no acontece...
Conque es cierto? Usté aparece
aquí como embajador?
FEDER. Certísimo; me he mandado
á usted yo mismo de propio.
LUCIA. (Si así empieza, buen acopio
traerá de bromas guardado!)
CONDESA. Si usted no gusta aclarar...
mi penetracion no alcanza...
LUCIA. (*A la Condesa.*)
(Lo acertamos... una chanza.)
FEDER. Con intencion de cazar
de Madrid juntos salimos
ocho ó diez aficionados,
y en esa granja hospedados
há dos noches que dormimos.
Mas como nunca en las cajas
de venatorios aperos
se olvidan mis compañeros
de poner ron y barajas,
mi suerte anoche fatal
me trató con tal dureza,
que perdí pieza por pieza
cien mil reales, mi caudal.
LUCIA. (*Con natural admiracion.*)
Y usted juega?
CONDESA. (*Con sentimiento.*) (Es desgraciado!)

FEDER. Pues... como digo, perdí,
y en un sillon me tendí
como si hubiera ganado.
CONDESA. Filósofo es usted, pero...
FEDER. Yo lo soy en todo.
CONDESA. En todo?
LUCIA. Cierto, cuando de ese modo...
(*A la Condesa.*)
(Viene é pedirte dinero.)
FEDER. En esto, otro... bello chico!
era el que estaba *tallando*,
me dijo como burlando:
«A que no vas, Federico...
CONDESA. (*Con interés.*)
Federico?
FEDER. Servidor.
A ver, siguió aquel gracioso,
si te quiere por esposo
la condesa de Alba-Flor?
LUCIA. (*Con enfado.*)
Qué osadía!
CONDESA. (*Con tímida ansiedad.*)
Cómo?
FEDER. Iré,
le respondí algo mohino,
que no es ningun desatino
hablar á esa dama, á fe.
Yo deberia observar,
añadí, que estoy... tronado;
mas como no es el condado
lo que yo voy á buscar,
renuncia en otro heredero,
si la place, sus caudales,
y nos quedamos iguales
de títulos y dinero.
Y sin mas, hecha la apuesta
como se lo cuento ahora,
héteme á sus piés, señora,
esperando la respuesta.
LUCIA. Igual audacia se vió
ni aun entre la turca grey!
FEDER. Ni quito ni pongo rey:
relato lo que pasó.

CONDESA. Caballero... no le oculto
que pretension semejante...
LUCIA. Es injuriosa, insultante.
FEDER. No encuentro yo tal insulto.
Podrá lo que solicito
con muchísimo respeto
ser informal é incompleto;
pero al fin no es un delito
que un hombre así de mi porte,
sin que sea un san Antonio,
solicite en matrimonio,
cual Dios manda, á una consorte.
LUCIA. *(Con ironía.)*
Por corto no la merece:
quién viene ya sin el cura?
FEDER. Ya vendrá.
CONDESA. (Se me figura
que sueño!)
LUCIA. *(A la Condesa.)*
Qué te parece?
CONDESA. Algo difícil es darte
una respuesta al presente;
que al fin yo soy la paciente
y no sé qué contestarte.
FEDER. Piénselo usted.
CONDESA. *(A Lucía.)*
Mas yo espero
que si sigue chanceándose,
(Mirando á Federico.)
al menos lo hará portándose
como cumple á un caballero.
LUCIA. Ya lo oye usted; se le llama
al órden. No dé lugar...
FEDER. Dios me libre de faltar
al decoro de una dama.
Algo *escéntrica* es á fé
mi conducta, yo convengo;
pero repito que vengo
á casarme con usted.
CONDESA. *(A Lucía.)*
Pues se enmienda!
LUCIA. *(Con desden á la Condesa.)*
Bá, está loco!

FEDER. Señorita, estoy muy cuerdo;
mas he apostado, y si pierdo
son cien onzas, que no es poco.
CONDESA. (*Con ansiedad.*)
Y si pierde usted?
LUCIA. (*Con enojo.*)
Qué oprobio!
(*A Federico.*)
Por qué apostó?
CONDESA. (Yo deliro!)
FEDER. Si pierdo, me pego un tiro
y se queda usted sin novio.
CONDESA. (*Asombrada.*)
Se mataria usted?
FEDER. Sí.
CONDESA. (*Con angustia.*)
(Ay, Dios!)
LUCIA. (*Admirada.*)
Qué resolucion!
CONDESA. (Terrible equivocacion!)
LUCIA. (*A la Condesa.*)
Si tu jóven fuera asi,
eh?
CONDESA. (*Con pesar.*)
(Oh!)
LUCIA. (*Mirándole asombrada.*)
Novio original!!
FEDER. (*Chanceándose.*)
Usted no se casaria...!
LUCIA. Yo!! Primero escogería
un...
FEDER. Un convento?
LUCIA. El canal.
CONDESA. (*Fingiendo alegria.*)
No te incomodes.
LUCIA. (*Incomodada.*)
Y quién...?
CONDESA. Sigue la broma empezada,
que aunque un poco exajerada...
en el campo...
LUCIA. No está bien.
FEDER. Si no es broma.
CONDESA. (Me asesina!)

FEDER. Vengo á casarme resuelto.
LUCIA. (*Con enojo.*)
Es usted muy desenvuelto.
FEDER. Y usté ha de ser mi madrina.
(*Lucia le mira espantada.*)

ESCENA VIII.

DICHOS.—ANTERO. *Con un ramo de flores.*

ANTERO. Vea usted, linda condesa,
qué colores, qué fragancia..!
(*Repara en Federico y se queda cortado.*)
FEDER. (Este dicen que pretende...)
ANTERO. (*Admirado.*)
(Federico en esta granja!)
Caballero!!
FEDER. Servidor.
CONDESA. (Me ha destrozado el alma!)
FEDER. Me permite usted tomar
(*Tomándola.*)
una flor para estas damas?
ANTERO. (*Alelado.*)
Caballero!!
LUCIA. (*Admirada.*)
(Qué descaro!)
CONDESA. (*Idem.*)
(Qué hombre es este?)
ANTERO. (Estoy en brasas!)
FEDER. Señoras, una camelia.
(*La toma la condesa.*)
Vamos...
(*A Lucia que duda.*)
ANTERO. Usted aquí!!
FEDER. (*A Antero.*)
Gracias.
ANTERO. Pero cómo ó por quién...!
FEDER. (*Con cierta amabilidad.*)
Oh!
Esa admiracion ya raya
en descortes, y le advierto
que yo no tolero faltas

de esa especie.

ANTERO. Sea así:
mas como yo ignoraba
que el señor don Federico
fuesé amigo de la casa...

LUCIA. *(Accionando con la camelia.)*
Amigo? Ca, no señor.

FEDER. Que va usted á deshojarla.

LUCIA. Ha llegado hace un momento
con la inaudita embajada...

CONDESA. Reducida á saludarme
por sus amigos, que cazan
en esos vecinos bosques,
y á quienes puede, si agrada
á este señor, contestarles
que los dueños de esta granja
serán muy favorecidos
con tales huéspedes.

FEDER. Tanta
bondad...

LUCÍA. *(A la Condesa.)*
(Qué haces?)

ANTERO. *(Incomodado.*
(Soberbio!)

CONDESA. *(A Lucia.)*
Yo espero, muy confiada,
que aqui cambiarán, no es cierto?
(A Federico.)
las ideas sanguinarias
que abrigan los cazadores
contra las reses incautas.

FEDER. No es dificil si esa voz
tan dulce como las auras,
defiende á los habitantes
medrosos de las montañas.
A los piés de usted, condesa.
(Saludándola.)
Señorita... en la garganta
tiene usted...

LUCIA. *(Llevándose la mano á la garganta.)*
El qué?

FEDER. (*Con viveza.*)
Un mosquito:

servidor.
(*Saludando y sale; la Condesa le sigue con la vista.*)

LUCIA. (¡Jesus que trápala!)

ESCENA IX.

Dichos, menos FEDERICO.

ANTERO. Conoce usted á ese hombre?
CONDESA. Yo... no.
ANTERO. (*A Lucía.*)
Y le ofrece su casa!
CONDESA. Y qué encuentra usted de estraño
en una cosa tan llana?
ANTERO. Inocente! usted no sabe
que es un tronera de marca
mayor, jugador, duelista,
y el bú, y la contínua alarma
de padres y de maridos,
de doncellas y casadas?
CONDESA. (Ay!)
LUCIA. Sí, bien se le conoce
que no se detiene en barras.
CONDESA. Y á mí qué me importa que él
sea un hombre tarambana
si no ha de jugar conmigo
ni ha de andar á cuchilladas?
LUCIA. Quién sabe, condesa; quién
sabe...
CONDESA. Le ofrecí mi casa,
por política.
LUCIA. Mal hecho.
CONDESA. (*A Lucía.*)
(Silencio!)
LUCIA. (*Admirada.*) Qué tolerancia!
ANTERO. Como quiera... yo no debo...
oh! seria una desgracia
permitir que la sorprenda
un hombre de su calaña.
Yo le diré, por supuesto
con políticas palabras...

CONDESA. No olvide usté, señor mio,
que en mi casa nadie manda
mas que yo.
ANTERO. Perdone usted,
si con la intencion mas sana...
CONDESA. Yo ya soy mayor de edad,
y no me asustan fantasmas.

ESCENA X.

Dichos.—LA MARQUESA.—EL CORONEL, *disputando; la Condesa está pensativa en toda ó la mayor parte de la escena.*

ANTERO. (*Saliendo á su encuentro.*)
Ay, marquesa, usted no sabe
que...
MARQ.ª (*Con mal humor.*)
No quiero saber nada.
(*Se sienta abanicándose exajeradamente.*)
ANTERO. (*Admirado.*)
Pues qué sucede?
LUCIA. Papá,
qué tienes?
CORONEL. Nada en sustancia.
La marquesa se ha empeñado
en que el clavel no se llama
diantus...
MARQ.ª Y lo repito:
y por mucho que usted haga
para hacernos adoptar
esos términos que en Francia
inventan los socialistas,
es inútil.
CORONEL. (Qué ignorancia!)
ANTERO. Perdone usted, marquesita,
pero el clavel en bótanica...
MARQ.ª (*Con viveza.*)
Se llama clavel no mas.
LUCIA. (*Aparte á la Condesa.*)
En qué estás pensando?

CONDESA. (*Aparte á Lucía.*)
En nada.
CORONEL. Se equivoca usté, marquesa.
ANTERO. (*A la Marquesa.*)
Tiene razon.
MARQ.ª Vírjen santa!
Y usted le dá la razon!
ANTERO. (*Negativamente á la Marquesa.*)
Ca!
CORONEL. (*A Antero.*)
Cómo?
ANTERO. (*Titubeando.*)
Digo... (Me aplastan!)
MARQ.ª (*Con desprecio.*)
Di... an... tus!...
ANTERO. (*A la Marquesa.*)
Linneí.
MARQ.ª Eh, cállese
con sus líneas y sus rayas.
CORONEL. No diga usted, disparates.
MARQ.ª Qué es esto, usté se propasa?
CORONEL. (*Reprimiéndose.*)
Pero, señora...
MARQ.ª Es usted,
gran Dios! el que asi me falta!
CORONEL. (*Estallando.*)
Con mil santos...
CONDESA. Qué alboroto!
Señores de qué se trata?
CORONEL. (*Irritado.*)
De lo de siempre.
LUCIA. (*Suplicándole.*)
Papá!
CORONEL. (*Con mal humor á Lucía.*)
Eh!
MARQ.ª Disparates! Qué gracia!
Qué coronel tan galante!
Don Quijote de la Mancha
seria á su lado un záfio.
CORONEL. Por el ángel de la guarda,
quiere usté hacerme el obsequio
de moderarse? (Caramba,
y qué genio tan maldito!) (*Se sienta.*)

MARQ.ª *(Levantándose.)*
Condesa, desde mañana
es preciso hacer reformas
radicales en la casa.
TOMAS. Mi capitan, el almuerzo.
MARQ.ª Sí, vamos; que ya estoy harta...
(Se coje de Antero y salen.)
LUCIA. No vienes tú?
CORONEL. *(Con mal humor.)*
Que no quiero;
he de ir á almorzar sin gana?
CONDESA. *(A Lucía.)*
Dejemos qne se le pase.
LUCIA. (Esa marquesa es tan rara!)
CONDESA. (Si volverá?)
(Salen.)

ESCENA XI.

EL CORONEL.—TOMÁS.

CORONEL. Esto es atroz!
Me iré aunque sea á Tampico
por no verla ni sufrir
ese genio tan altivo.
TOMAS. Si usted pudiera enseñarla
el paso como á los quintos.
CORONEL. No me quedaria corto.
TOMAS. Pero usted no almuerza, Cristo!
Y yo que habia mandado
arreglarle un pastelito...
CORONEL. *(Levantándose con viveza.)*
Con jamon?
TOMAS. Y codornices.
Sí señor, de los antiguos.
Mi capitan, vaya usted.
CORONEL. No quiero verla, me irrito.
TOMAS. Muy bien, pero haga usted fuerzas
para irritarse.
CORONEL. Ya he dicho...
TOMAS. No vé usted que si le pilla
con el estómago limpio

en uno de esos ataques,
es usted hombre perdido?

CORONEL. Crees tú que es necesario
el comer, amigo mio,
para alimentar la cólera?

TOMAS. El principal requisito.

CORONEL. Tomás, estás bien seguro?

TOMAS. Ya lo creo; segurísimo.

CORONEL. Entonces... almorzaré.
(*Sale.*)

TOMAS. Bien hecho, y buen apetito.
(*Sale detrás de él.*)

ESCENA XII.

FEDERICO.—EL MARQUÉS.

MARQ. Qué salones, y qué lujo!

FEDER. Qué te parece?

MARQ. Magnífico!
Si el rostro de la condesa
corresponde... pero, chico,
francamente; yo presumo
que será algun pergamino
con mas arrugas que veces
se le saluda á un ministro.

FEDER. Es jóven y muy hermosa.

MARQ. Pero cómo en nuestros círculos
nunca se vió á esa hermosura?
Dónde hasta hoy se ha escondido
esa señora á quien solo
se conoce por el título?

FEDER. Creo que ha estado en París
con un coronel...

MARQ. Repito
que, ó es muy vieja, ó muy fea,
cuando con calma te ha oido.

FEDER. Oye, marqués; si pudiese
haber en el pecho mio
un soplo de amor siquiera,
y no estuviese marchito
y desengañado y yerto,

te esplicaría el sonido
de su dulce voz sonora;
el melancólico hechizo
que derrama de sus ojos
el negro fulgente brillo:
te diría que es un ángel
sin mentir, marqués amigo...
si las mujeres pudieran
ser ángeles.

MARQ. Y muy lindos
que lo son!

FEDER. Uf!!

MARQ. Quita allá!
Porque una mujer sin juicio,
como la tal Micaelita
y otras que hay por el estilo,
te engañó coqueta y frívola,
crees tú ya, Federico,
que no hay virtud en el mundo
y que todas son lo mismo?
Dónde iriamos á dar
con semejante estravío?

FEDER. Ya las irás conociendo.

ESCENA XIII.

Dichos.—LA CONDESA.

CONDESA. *(Con amabilidad.)*
Ah!

FEDER. *(Al Marqués.)*
(Mírala.)

MARQ. (Es un prodijio.)

FEDER. Bella condesa, aceptando
su amable oferta y permiso
me atrevo á presentarla á uno
de mis mejores amigos.
El marqués de San Teodoro.

CONDESA. Caballero, bien venido.

FEDER. Dudaba si era el retrato
que le hice de usted verídico,
y á fin de que en ningun tiempo

pueda decir me he valido
de armas de mala ley,
ó de generos ilícitos
para ganarle la apuesta...

MARQ. Que desde ahora retiro.

CONDESA. *(Con dulce sentimiento.)*
Ah! conque era usted?...

MARQ. Señora,
si en una orjía metido
donde el juego y las botellas
nos trastornan los sentidos
promoví esa apuesta innoble,
confuso ahora, arrepentido,
suplico á usted me disculpe
y perdone.—Federico,
creo que tú como yo
no querremos aturdidos
llevar ya mas adelante
un juego tan poco digno.
(Dándole una cartera.)
Aquí tienes, sin embargo,
las cien onzas; yo he perdido.

CONDESA. Bien, señor marqués.

FEDER. *(Rehusando la cartera.)*
Muy bien,
aun cuando yo no desisto.
Enhorabuena que ya
separemos convenidos
de una cuestion tan honrosa
la del interés mezquino.
Mas, si antes apostaba
á ciegas y por capricho
adorar á esta señora,
á quien nunca habia tenido
el honor de conocer,
ahora que ya la he visto,
desistir fuera agraviar
descortés sus atractivos,
y no seré yo quien peque
esta vez por impolítico.

MARQ. *(Aparte á Federico.)*
(Pero, hablas de veras?)

FEDER. *(Aparte al Marqués.)* (Hombre,

no conoces que es finjido?)
CONDESA. Segun eso, usted se empeña
en alcanzar mi cariño,
lo propio ni mas ni menos,
que se empeñaría activo
en alcanzar un venado
por esos bosques?
FEDER. Lo mismo.
Es decir, con esa fuerza
de voluntad y ese brio
con que el cazador arrostra
impávido los peligros.
CONDESA. Pero eso es ponerme asedio
como si fuera un castillo!
(Sonriendo.)
No es cierto, señor marqués?
MARQ. *(Sonriéndose.)*
Cosas de él!
CONDESA. *(Mirando á Federico.)*
Pues ya es preciso
tener valor, y no poco!
MARQ. Con efecto.
FEDER. Qué delirio!
El valor es muy laudable.
CONDESA. En campaña, amigo mio.
FEDER. Pues bien, riñamos y entonces,
condesa, estará en su sitio.
CONDESA. Ay! no, no quiero reñir
con usted, don Federico;
le cedo, le cedo el campo,
soy una cobarde.
FEDER. Victor!
Al cabo conoce usted
que...
CONDESA. Que es usted muy festivo,
si bien espero que nunca
llegue á rayar en ridículo.
MARQ. (Bravo!)
FEDER. No lo quiera Dios!
CONDESA. (Ay, quién lo hubiera creido!)

ESCENA XIV.

Dichos.—Lucía.

Lucia. Condesa...
(Al ver al Marqués se queda parada.)
Marq. *(Mirando á Lucía.)*
(Preciosa niña!)
Lucia. (Otro! Si será el padrino!)
Condesa. Me buscabas?
Lucia. Sí, tu tia...
(Aparte á la Condesa.)
(está como un basilisco
contra papá y no podemos...)
Marq. (Qué rostro tan espresivo!)
Feder. (No hay duda, se ha incomodado.)
Condesa. Me dan ustedes permiso?...
Feder. (*Ofreciéndola la mano.*)
Señora...
Condesa. (Ay!)
Feder. (Tiembla su mano.)
Lucia. (Y su porte es distinguido!)
(*Por el Marqués.*)
Feder. (*En la puerta.*)
Condesa, yo siento...
Condesa. Usted...
no siente, don Federico.
(*Sale.*)
Feder. (*Con amargura.*)
(Tiene razon.)

ESCENA XV.

Dichos, menos la Condesa.

Marq. Señorita....
me parece que he tenido
el gusto otra vez de verla.
Lucia. No recuerdo...
Feder. (*Al Marqués.*) (Eso es de niños.)

MARQ. (Hombre!) Pues yo apostaría...
LUCIA. (*Sobresaltada.*)
Cómo! Usted apuesta!!
MARQ. Digo...
FEDER. (*Al Marqués.*)
(Al grano.)
MARQ. (*Enfadado.*)
Quieres dejarme?
(*A Lucía.*)
Pues...
FEDER. Mató usted el mosquito?
MARQ. (*Desesperado.*)
(Dios me asista!)
LUCIA. (*Con dignidad.*)
Caballero,
no recuerdo haber podido
autorizarle jamás
para bromear conmigo.
(*Sale.*)
MARQ. (*Siguiéndola suplicante.*)
Por Dios, señorita.
LUCIA. (*Volviéndose desde el medio del foro.*)
Basta.

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS.—FEDERICO.

MARQ. (*Parado en medio del foro.*)
Maldito seas!
FEDER. Divino!
Para dos perdices, dos.
Nos casamos.
MARQ. Oh ira!
FEDER. Fijo.
MARQ. Sabes que hay para pegarse
con esas bromas un tiro?
FEDER. Hombre... tambien te acompaño;
conque haz testamento, y listo.
MARQ. Anda y acompaña al diablo.
(*Sale.*)
FEDER. Espera, marqués... Bravísimo!

ESCENA XVII.

FEDERICO.

Y se ha enfadado! Señor,
el genero humano es tonto,
ó llegará á serlo pronto
mal que le pese al vapor.
Enfadarse así! Je... je!...

ESCENA XVIII.

FEDERICO.—LA MARQUESA.

MARQ.ª No quiero almorzar, no quiero.
FEDER. Muy mal hecho.
MARQ.ª Caballero!...
perdone usté...
FEDER. No hay de qué.
MARQ.ª Yo creí....
(*Con un poco de enfado.*)
(Nunca le he visto.)
FEDER. Hace usted bien; la fé cura.
MARQ.ª Pero esa desenvoltura...
FEDER. Nos lo dice Jesucristo.
MARQ.ª Y quién le pide aquí ahora
que predique de moral?
FEDER. El deseo natural
de ganar almas, señora.
MARQ.ª Eh, ahorremos de razones;
si usted es cura, le advierto,
que no me encuentro por cierto
para escuchar sus sermones.
FEDER. Yo cura!
MARQ.ª (*Con enojo.*)
No? Pues quién es?
FEDER. Soy el seglar, aunque indigno,
Federico de Benigno
y Alís, que besa sus piés.
MARQ.ª Es gracioso, como hay Dios,

el señor don Federico!
FEDER. Siempre lo fuí; desde chico.
MARQ.ª Ya se conoce!

ESCENA XIX.

Dichos.—DON ANTERO.—LA CONDESA.

CONDESA. (Los dos
aquí!)
ANTERO. (*Viendo á Federico.*)
(Es cosa de morirse!)
MARQ.ª Condesa?...
CONDESA. El señor...
MARQ.ª (*Con intencion.*)
Sí, ya,
ya me ha dicho quién es.
CONDESA. Ah!
MARQ.ª Sí.
CONDESA. Ha venido á divertirse
en la caza.
MARQ.ª Y por lo visto
no hay ninguna que en rigor
le esté vedada al señor.
FEDER. Cierto que vengo provisto,
para evitar un disgusto,
de competente licencia.
Pero aunque así en la apariencia
manifieste que con gusto
las tiendo á todas el lazo,
la aseguro sin mentir
que sé tambien distinguir
cómo, y cuándo, y dónde cazo.
ANTERO. (*Aparte á la Marquesa.*)
No le crea usted, marquesa.
CONDESA. Pero, por Dios, tia mia,
que nos esperan Lucia
y el coronel en la mesa.
(*La Marquesa habla con Antero y dá señales de que la conversacion es animada.*)
Yo supongo, caballero,
que usted no querrá dejarnos,

por hoy, sin acompañarnos.

FEDER. Señora...

ANTERO. (*A la Marquesa.*)
(Es un trapacero.)

CONDESA. (*A Federico.*)
Nos desaira usted?

MARQ.ª (*Aparte á Antero.*)
(Qué horror!)

ANTERO. (*Aparte á la Marquesa.*)
(Y usted no debe en conciencia...)

FEDER. (*A la Condesa.*)
Sería una impertinencia
recibiendo tanto honor.
(*Se coge la Condesa del brazo que-la ofrece Federico.*)

MARQ.ª (*A Antero.*)
(Bien; yo le prometo obrar
como el caso se merece.)

FEDER. (*Llegándose con la Condesa á la Marquesa y Antero.*)
Señores...

MARQ.ª (*Con altanería.*)
Qué se le ofrece?

FEDER. Que esperan para almorzar.
(*La Marquesa y Antero les siguen asombrados. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salones de baile en casa de la Condesa. A su tiempo señoras y caballeros paseando y bailando en los interiores.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, *sentada.*—LUCÍA, *arreglándose el trage delante de un espejo.*

LUCIA. Ahora esta flor, y concluyo.
(*Bajando á la escena.*)
Condesa, qué te parezco?
Estoy bien con este trage?
CONDESA. Perfectamente.
LUCIA. Me alegro:
porque ya ves, el marqués...
CONDESA. Sí, ya sé que ese sujeto
no te disgusta, Lucía.
LUCIA. Sí, tampoco es un misterio...
Desde que á Madrid volvimos
hace un mes, ó mes y medio,
no cesa de darme pruebas
de un cariño tan inmenso...
mucho es que ya no está aquí...
Sabes que no es muy travieso
para haber sido discípulo

de Federico?

CONDESA. (*Con negligencia.*)
Sí?

LUCIA. Cierto.
Apropósito, tú, dime,
adelantas?

CONDESA. (*Moviendo tristemente la cabeza.*)
Ay!

LUCIA. Lo siento.
Mas, por qué no le descubres
de una vez ese secreto?

CONDESA. Si no lo ha de comprender,
qué le importa, di, el saberlo?
Sin embargo, algunas veces
me parece que su acento
es tan dulce y conmovido;
qne su mirar es tan tierno,
tan espresivo, Lucía,
que por un instante creo
me va á declarar su amor
deseado tanto tiempo;
pero cuando mas contenta
esa confesion espero,
el sarcasmo y la ironía
en su boca siempre eternos,
me hacen ver que mi esperanza
solo estriba en mis deseos.

LUCIA. Vamos, condesa, procura
alejar del pensamiento
esas lúgubres ideas
que te hacen un daño horrendo.

CONDESA. Ay!

LUCIA. Quién ha visto en un baile
jemir como en un entierro?
Alégrate.

CONDESA. Dices bien,
las caretas aprestemos
de colores bulliciosos,
alegres y placenteros;
que no es noche de llorar
la de un sarao por cierto.
Qué importa que los dolores
rudos nos rajen el pecho

si ven reir nuestra boca
convulsa y falaz mintiendo,
y brillar á nuestros ojos
con fulgor calenturiento?
El alma no tiene boca,
ni ojos, ni piés, ni cuerpo,
y nadie, nadie la ve
aunque se esté consumiendo;
já... já... vamos á bailar...
que bailando gozaremos...

LUCIA. Ay! sosiégate por Dios,
que las jentes van viniendo
y tienes que recibirlas.

CONDESA. Y, dónde está ese sosiego?

ESCENA II.

Dichas.—EL MARQUÉS.—ANTERO.

MARQ. Señoras...

ANTERO. Tengo el honor...

MARQ. Pero, condesa, qué es eso?
Está usted como alterada...

ANTERO. Ciertamente...

CONDESA. Con efecto,
no he podido resistir
á los chistes de un suceso
que Lucía me contaba...
Ustedes, siempre tan buenos,
no han querido ser los últimos
en honrar nuestros modestos
bailes: gracias.

MARQ. Oh! Señora,
los honrados son aquellos
que pueden lograr la dicha
de admirar ese gracejo
con que usted, bella condesa,
hace de su casa un cielo.

CONDESA. Ay, no tanto!

ANTERO. Y mucho mas;

palabra de caballero.
CONDESA. Tambien usted?...
(*Luisa habla aparte al Marqués.*)
ANTERO. Quién mejor...
(*Aparte á la Condesa.*)
que quien la ama á tal estremo
de tener de esos adornos
que besan su frente celos?
LUCIA. Ay, ay, ay! Qué picarillo!
(*Aparte al Marqués.*)
Qué adulador!
CONDESA. (*Aparte á Antero con disgusto.*)
Don Antero!
MARQ. (*Aparte á Lucía.*)
Pues no se lo dice á usted,
bella Lucía, el espejo,
menos brillante sin duda
que sus dulces ojos negros?
Y ese lunar de la barba...
LUCIA. (*Sonriéndose.*)
Son señales de mal genio...
MARQ. Qué, no tal!
ANTERO. (*Aparte á la Condesa.*)
Y usted se espone
á habladurías y cuentos
tolerando que á su casa
venga ese hombre.
CONDESA. (*Con dignidad.*)
Caballero,
sea esta la vez última
que de tal negocio hablemos.
ANTERO. Y mi amor!
CONDESA. (*Con enfado.*)
Y cuantas veces
le hè de decir que... no puedo
corresponder á ese amor?
ANTERO. Condesa, usted es de acero.
CONDESA. Y usted de plomo.—Lucía?
LUCIA. Voy.
MARQ. Bailamos?
LUCIA. Bailaremos.
CONDESA. (Dónde estará Federico?
(*Sale con Lucía.*)

MARQ. (*Con ironía.*)
No baila usted!
ANTERO. Me marcho.
(*Sale el Marqués.*)

ESCENA III.

ANTERO.

De plomo, sí! No me ama
que nunca me amó confieso
por mas que su tia imbécil...
el imbecil soy yo. Y luego
ese hombre, ese demonio...
si él aceptára el empleo...
una vez en ultramar,
era muy fácil qne el tiempo,
y la ausencia... y si no admite!
Entonces no habrá otro medio...
(*Se queda pensativo.*)

ESCENA IV.

ANTERO.—FEDERICO.

FEDER. Oh, mi señor don Antero?
ANTERO. (Jum!)
FEDER. Se está filosofando?
ANTERO. En usté estaba pensando
ahora mismo.
FEDER. Caballero...
Y á qué fortuna debí
merecimiento tan grato?
ANTERO. A un asunto en el que trato
colocarle á usted.
FEDER. A mí!
Y... en qué puedo yo servirle?
ANTERO. Don Federico, quisiera
que sin prevencion oyera
lo que voy á usté á decirle.
En vano fuera ocultarle

que miro con descontento...
pero usted tiene talento,
y es preciso aprovecharle.
La patria reclama hoy
sus servicios angustiada,
y ante esa madre sagrada
no hay miramientos.

FEDER. Estoy
conforme con usted, sí;
mas, saber me es permitido
á qué hermanito he debido
el que mamá piense en mí?

ANTERO. Antes de ayer me llamó
el ministro de Fomento,
y entre negocios sin cuento,
de uno difícil me habló.
Y lo es tanto, que ninguno
de los mil en que pensamos
para encargársele, hallamos
que era para él oportuno.
Aburrido estaba ya
su excelencia, que no es tonto,
de pensar, cuando de pronto
me acuerdo yo de usted.

FEDER. Ah!!

ANTERO. Sí, no sé por qué ocurrencia...
»Señor, nos hemos salvado!
esclamé yo alborozado;
firme un despacho vuecencia,
que despues se llenará
con el nombre del sugeto
que nos saca del aprieto:
yo respondo,» y... aqui está.

FEDER. (*Mirando el despacho.*)
Firma en blanco.

ANTERO. Hasta saber
si aceptaba usted...

FEDER. (Simplon!)

ANTERO. Es soberbia comision,
lucrativa...

FEDER. Y qué hay que hacer?

ANTER. Para mayor desahogo...

FEDER. Por Dios, que estoy sobre espinas.

ANTERO. Pues nada, ir á Filipinas.
FEDER. Don Antero, y si me ahogo?
ANTERO. Una desgracia seria
que muriera usted así!
FEDER. Sobre todo, para mí
que odio la hidropesía!
ANTERO. En fin, señor, usted vea,
y hágase las reflexiones...
de metálico é instrucciones
ya hablaremos, cuando sea
tiempo: el caso es aceptar.
FEDER. No me disgusta el encargo;
pero el viaje es algo largo,
y como no sé nadar...
en fin, yo lo pensaré.
ANTERO. Es que el negocio es urgente.
FEDER. Pues definitivamente
mañana contestaré.
ANTERO. Convenidos. (No adivinas
lo que allí te espera!)
FEDER. (Y quién
sabe si yo haria bien
en marcharme á Filipinas!)
ANTERO. Conque quedamos?...
FEDER. Señor,
en que mañana sin falta
me doy de baja ó de alta.
ANTERO. (*Saludándole.*)
Pues entonces...
FEDER. Servidor.
ANTERO. (Ay, si viera á este maniático
en alta mar engolfado!)
(*Sale.*)
FEDER. (*Mirándole.*)
(No tiene duda que has dado
un gran paso diplomático!)

ESCENA V.

FEDERICO.

Y es ese el hombre que ama
á la condesa? Amarla él!
No sé por qué este cruel
recuerdo, mi sangre inflama.
No sé, ni quiero tampoco
preguntarme la razon;
mas me parte el corazon
que la ame nadie.—Qué loco
soy, qué infeliz y qué vano!
Porque á mí qué me interesa
que amen ó no á la condesa?
Solicito yo su mano?
Entonces, á qué tener
siempre fija el alma, absorta,
en lo que nada me importa?
Está visto que he de ser
siempre tonto, y siempre chico!
Sin embargo, este sudor...
esta inquietud... es calor.

ESCENA VI.

LA CONDESA.—FEDERICO.

CONDESA. Tan solo aquí, Federico!
FEDER. Ah! sí, solo.
CONDESA. No le escita
la comun ajitacion?
FEDER. Es tan simple esa funcion.
CONDESA. (*Con sentimiento.*)
Siempre mordaz!
FEDER. Condesita,
ya vé usted que me divierto;
y que aun cuando yo no danzo
tambien mis goces alcanzo...
viendo danzar. Mas, advierto

que tampoco está usté aquí
al parecer muy contenta.
Suspira usted? Qué tormenta?...

CONDESA. El calor.

FEDER. Ya! como á mí.

CONDESA. Federico, qué cruel
es usted! No he de lograr
que una vez me llegue á hablar
sin ironía y sin hiel?
A mí que tanto le estimo!

FEDER. Es verdad, mucha tendré
cuando hablando con usté
en mis palabras la esprimo.
Con usted que siempre afable
grata amistad me profesa,
tiene usted razon, condesa,
soy un hombre abominable.
Un hombre que donde quier
asienta su planta impura,
hace brotar la amargura
y el llanto y el padecer.
Que las gentes con el dedo
le señalan con horror,
que si le miran es, por
misericordia ó por miedo.
Se atreve usted todavía
á lidiar conmigo?

CONDESA. Sí;
ahora mas que nunca, y
veremos si en la porfía
ruda que hemos principiado
y que ya por piedad sigo,
vence usted, ó si consigo
dejarle en ella postrado.

FEDER. (*Con amarga ironía.*)
Por piedad!

CONDESA. Sí, por piedad;
usted es huérfano hoy;
tambien yo huérfana soy.
No comprende en su horfandad
ese cariño profundo
que en su pecho reconcentran,
dos seres cuando se encuentran

los dos solos en el mundo?
Qué es un corazon vacío,
sin amigos, sin amor,
mas que un sepulcro en rigor
de cuyo centro sombrío
solo brotan los enojos
que entristecen nuestra alma,
y que sin tregua ni calma
nos llevan siempre entre abrojos?
No echa á falta en la ansiedad
de sus punzantes desvelos,
los dulcísimos consuelos
del amor ó la amistad?

FEDER. Sí, hubo un tiempo en que yo
esos goces comprendia;
mas ese, señora mia,
tiempo feliz ya pasó.
Cuando jóven y el vivir
en un prisma encantador,
todo verdad, todo amor,
y nos rie un porvenir
placentero, sin martirio,
tuve amigos que me amaron,
mujeres que me adoraron.

CONDESA. Ha amado usted!!

FEDER. Con delirio.
Con ese amor todo fuego
de la juventud ardiente;
con ese amor inocente,
y pueril, y tonto, y ciego.
Tiempos sí, que ya pasaron
y en el abismo se hundieron:
los amigos me vendieron:
las mujeres me engañaron.
A mí que en aquella edad
de espansion y sentimiento
no tenia otro contento
que el amor y la amistad.
A mí, pobre criatura,
que en la amistad confiaba
y en el amor agotaba
las fuentes de mi ternura...
Por eso de entónces yerto

con el alma endurecida,
paso cual paso mi vida,
bien miserable por cierto.
Pero, llora usted, condesa?

CONDESA. (Ha sentido otra pasion!)

FEDER. Tiene usted buen corazon,
y francamente, me pesa.
Que no quisiera encontrar
en el rencor que alimento,
sino fraude y fingimiento
para poderlos hollar.

CONDESA. Y no es mejor aplicarse
bálsamo reparador
que dulce calme el dolor
de la herida, que quitarse
con mano ruda, homicida,
la venda con gusto rota,
por ver salir gota á gota
la sangre de nuestra herida?

FEDER. Bálsamo, condesa! oh!
Qué bálsamo, qué beleño
nos puede volver el sueño
que una mujer nos quitó!
Con qué se calma ese afan
con que en vano el pensamiento
esquivar trata el tormento
que los recuerdos le dan?
Y sabe usted lo que son
esos recuerdos, señora,
representándonos ora
la amorosa agitacion
de la mujer adorada,
ó el dulce desasosiego
que se siente al ver el fuego
de su lánguida mirada;
ó bien el grato perfume
que exhala su amante boca,
que aun finjido nos sofoca,
nos abrasa y nos consume?
Y pensar que todo fué
mentira, y ficcion, y dolo!
Bálsamo! veneno solo
es lo que yo aceptaré.

Pero si usted nunca amó,
puede saber por ventura
del modo con que se cura
la herida que tengo yo?

CONDESA. Es verdad; yo nunca he amado.
Mas, aunque de amor no entiendo,
cual se debe amar comprendo,
porque usted me lo ha enseñado.
Y si llega un dia en mí
el amor á penetrar...
perô no, no quiero amar:
vivo tan tranquila así!

FEDER. Dichosa usted!

CONDESA. Mucho... soy
muy dichosa... (tiene seco
el corazon!)

ESCENA VII.

Dichos.—LA MARQUESA.—EL CONDE, *en la puerta.*

MARQ.ª *(Mirando á Federico.)*
El muñeco!
(Al Coronel.)
Cuidado que pase de hoy...

CORONEL. *(Ap. á la Marquesa.)*
Entiendo.
(Bajan á la escena.)

MARQ.ª *(A la Condesa.)*
Cómo! Tú aquí,
mientras están preguntando
las jentes...

CORONEL. *(Con tono brusco.)*
Y murmurando.

CONDESA. Murmurando? De quién?

CORONEL. De tí.

MARQ.ª Es decir, murmuracion
de cuchicheos y quejas;
como te vas y los dejas...

CONDESA. (*Con naturalidad.*)
Ay, pues vamos al salon.

FEDER. (*A la Condesa.*)

Me concede usted,..?

MARQ.ª (*Colocándose rápidamente entre los dos.*)
Ya es tarde.

CONDESA. (*Admirada.*)
Si no me he comprometido!

MARQ.ª Soy yo la que ha ofrecido
por tí un wals al de Velarde.

FEDER. Pero eso, señora mia,
es, si no lo lleva á mal,
bailar por corresponsal,
cosa no vista hasta el dia.

MARQ.ª (*Con risa forzada.*)
Qué ocurrencia tan graciosa!

FEDER. La de usted fué peregrina.

MARQ.ª Tenemos que hablar, sobrina.
(*Sale con la Condesa.*)

FEDER. (Mujer mas empalagosa!)
(*Las va á seguir.*)

ESCENA VIII.

CORONEL.—FEDERICO.

CORONEL. Yo tambien suplico á usted,
que su atencion me conceda.
Cuatro palabras.

FEDER. Le escucho,
y á mi vez ruego á usted sea
todo lo parco posible,
porque la verdad, quisiera
ver que tal ese Velarde
en el baile se maneja:
conque diga usted, y vá una.

CORONEL. No cansaré su paciencia.
No vuelva usted á esta casa:
he concluido, y etcétera.

FEDER. Caballero!

CORONEL. Usted no ignora
que no tiene la condesa
mas padre que yo en el mundo
desde que en él quedó huérfana.
En clase de tal no debo

ni quiero que ociosas lenguas
murmuren en menoscabo
de su honra hasta hoy ilesa.
Que usted es la causa de ello,
todos saben y confiesan.
Ahora bien; si su intencion
no es la de dañar siniestra
el honor, fama y buen nombre
de tan ilustre doncella,
y no creo ciertamente
que usted abrigue esa idea,
suplico á usted, y yo espero
nos ahorre la molestia
y el disgusto de decirle,
lo que solo su prudencia
debe aconsejarle ya.

FEDER. Mi prudencia me aconseja
que en usted respete ahora
al padre de la condesa.

CORONEL. Es que soy padre y soy hombre.

FEDER. En vano, señor, se altera;
porque ni el hombre ni el padre
impedirán por la fuerza
que yo trate á quien me trata
con harta benevolencia.

CORONEL. Está usted ya bien resuelto
á despreciar mi advertencia?

FEDER. A despreciarla jamás,
si bien á no obedecerla.

CORONEL. Mírelo bien.

FEDER. Coronel,
soy muy duro de cabeza.

CORONEL. *(Dudando.)*
Entonces.... (pero, y si Luisa?...)
(Determinándose.)
Tiene usted la complacencia
de jugar una partida
de ajedrez conmigo?

FEDER. Sea.
Pero, señor, es un duelo
lo que con eso proyecta?

CORONEL. Sí, un duelo en el que en nada
debe sonar la condesa:

comprende usted?
FEDER. (Yo batirme
con este anciano á quien ella
tanto debe y quiere tanto!)
CORONEL. Caballero...
FEDER. (Mas no verla!)
CORONEL. Aun es tiempo; si desiste...
me daré la enhorabuena.
Yo no tengo con usted
ningun motivo de queja
personal... pero si no,
mi mano no está tan trémula
que no pueda sostener
una arma, sea cual sea,
en honor de mi pupila.
Con que...
FEDER. (Alternativa fiera!)
Coronel...
CORONEL. Ni una palabra;
sí, ó no: qué mas respuesta?
FEDER. Vamos á jugar.
CORONEL. Corriente.
FEDER. (Dios mio, haced que yo pierda!)
(Salen.)

ESCENA IX.

Dichos.—LUCÍA.—EL MARQUÉS.

LUCIA. A dónde vas, papá...
CORONEL. Voy...
á jugar una partida
de ajedrez con el señor.
(Sale.)
FEDER. *(Al Marqués.)*
(De veras: te tengo envidia.)
MARQ. (Por qué no haces tú lo mismo?
FEDER. Adios, hermosa Lucía.
(Sale.)
MARQ. Ya ve usted como tambien
mi amigo la hace justicia.
LUCIA. Sí? Pues no se la agradezco.

MARQ. Válgame Dios qué ojeriza
tiene usted á ese infeliz
por una cosa tan chica
como un mosquito!
LUCIA. Es que no es
por eso mi antipatia.
MARQ. Pues, por qué?
LUCIA. Porque ese hombre
hace padecer á Luisa
de una manera inhumana,
siendo tan buena, tan linda,
y que guarda la inocente
lo mismo que una reliquia,
el... un... el... el... pues lo guarda
y basta que yo lo diga.
MARQ. Y quién dice lo contrario?
Pero, qué es, amiga mia,
lo que guarda?
LUCIA. Lo que sea.
MARQ. Ave María Purísima,
y qué genio tiene usted
esta noche, señorita!
LUCIA. Y quién puede ver con calma
la conducta de ese víbora?
MARQ. Ciertamente...
LUCIA. Es que la suya,
la de usted, es igualita,
ó poco menos.
MARQ. Señora!
LUCIA. Oh, las malas compañías!
MARQ. Pero si ya me he enmendado
desde que estuve en la quinta,
y la amo á usté, y la idolatro...
LUCIA. Eh, no quiero idolatrías.
MARQ. Se entiende, cristianamente...
LUCIA. Menos.
MARQ. Como un cenobita...
LUCIA. Que no creo una palabra...
ó si no, sí, sí: (magnifica
idea!) Me ama usted?
MARQ. Pues
no lo digo!
LUCIA. Y sentiría

usted que yo no le amase?
MARQ. Por las ánimas benditas,
que me va á dar algun síncope...
LUCIA. Sí ó no.
MARQ. Me pegaría
un tiro.
LUCIA. Sí? Muy bien. Pues,
si de hoy en cuatro dias
Federico no ha pedido
perdon, pero de rodillas,
á la condesa, y no deja
enteramente esa vida...
prepare usted las pistolas.
MARQ. Cómo?
LUCIA. Y en estando listas,
fusílese usted, marqués.
MARQ. Alabo su sangre fria;
caramba, y qué caridad!
LUCIA. Tonterías!
MARQ. Tonterías!!
LUCIA. Usted es su amigo y debe
mirar, por su amistad misma,
el modo de correjir
esa constante ironía
con que de todo se burla
y á todos nos martiriza.
MARQ. Si es su genio asi.
LUCIA. Su genio?
Pues que lo enmiende y corrija.
MARQ. Si usted no se ha de casar
con ese diablo, qué implica
que él sea?...
LUCIA. Ni con usted.
MARQ. Pero es una tiranía
querer que yo haga milagros
como Cristo, señorita.
LUCIA. (*Andando.*)
Beso á usted la mano.
MARQ. (*Suplicándola.*)
No,
no se vaya usted, Lucia.
LUCIA. (*Andando.*)
Nada escucho.

MARQ. Pero...
LUCIA. Nada.
(Sale.)

ESCENA X.

MARQUÉS.—*Despues* FEDERICO.

MARQ. Pues señor... que Dios me asista!
Pero es una atrocidad,
atrozmente femenina,
el hacerme responsable
de culpas que no son mias.
FEDER. Ninguno, ninguno, imbéciles,
con quien desahogar mis iras.
MARQ. Federico... enmiéndate.
FEDER. *(Con ira reconcentrada.)*
Marqués?
MARQ. Te lo ruego. Mira
que me va en ello la piel
y la tengo en mucha estima.
FEDER. Con mil rayos! Quieres irte?
MARQ. Pero!!
FEDER. Marqués!
MARQ. (Oh me admira
seguramente esa cólera!
Qué será lo que motiva...
En el salon me darán
sobre ello alguna noticia.)
(Sale.)

ESCENA XI.

FEDERICO.

Al fin el cruel destino
con mano férrea me quita
el solo bien ante el cual,
ay, mi corazon latia.—
Pues bien, sea así. Rasguemos
sin piedad y hagamos trizas

los únicos dulces lazos
que á la existencia me unian,
y penetremos impávidos
del abismo en la honda sima.

ESCENA XII.

FEDERICO.—LA CONDESA, *trémula de emocion.*

CONDESA. Federico...
FEDER. (Oh!)
CONDESA. Dicen... dicen,
que... pero, serán hablillas,
no es verdad?—Yo no lo creo...
Sin embargo... desearia...
que usted mismo me calmase...
Ay! estoy tan conmovida...
FEDER. Señora!..
CONDESA. El temor... el miedo...
tengo miedo!!
FEDER. (Qué agonía!)
CONDESA. Federico... estoy temblando...
por qué vuelve usted la vista?
Ya sabe usted... yo... soy huérfana...
FEDER. Tenga usted piedad, Luisa!
CONDESA. *(Cayendo de rodillas.)*
Y quién la tendrá de mí
si usted le arranca la vida?
FEDER. Condesa... y dicen que mata
el dolor, já... já!... mentira!—
Enjugue usted esas lágrimas
que vierte por culpa mia,
ó me arranco el corazon
en que caen convertidas
en gotas de plomo hirviendo.
CONDESA. *(Sollozando.)*
Federico!
FEDER. *(Con sorda ira.)*
Luisa! Luisa!
CONDESA. No, no; ya no lloro... ya...
mire usted... estoy tranquila...
y hasta riéndome estoy...

de mis temores de niña.
Porque son vanos temores...
en qué cabeza cabria
que dos hombres se mataran
por una cosa tan nímia?
(Riendo.)
Qué simple... qué simple soy!...

FEDER. Nímia, señora, y la ficha
que me ha arrojado ese hombre
me ha hecho sangre en la mejilla?

CONDESA. Habra sido sin querer...
la casualidad haria,
que... pues si él es incapaz...
á veces.. cualquier cosita...
Si usted supiera qué bueno
es, y qué alma tan sencilla
tiene, y con cuánto cariño
nos trata siempre á sus hijas?
Porque yo tambien lo soy...
Qué? usted no lo sabia?
Quién si él llegase á faltar
consolaria mis cuitas?
Pero, no, no, Federico;
el alma de usté es bellísima;
bella cual la de los ángeles
que en torno de Dios respiran
solo bondad, solo amor,
solo caridad divina.

FEDER. Y el mundo, condesa?

CONDESA. El mundo...
qué le importa lo que diga?
Será su voto mas fuerte
que las súplicas sentidas
de dos hijas que no tienen
mas apoyo, ni otro guia,
que ese anciano á quien va usted
á matárselo homicida?

FEDER. Y el ridículo, señora?

CONDESA. Oh! yo le indemnizaria
de ese vano sentimiento
que tanto terror le inspira,
con mi eterna gratitud,
con mi amistad.

FEDER. Luisa, Luisa!
No me haga usted codiciar
con tan bella perspectiva
unos bienes que ya creo
perdidos para mi dicha.
Deje usted que indiferente
como el hombre que camina
sin dejar en pos de sí
ni dolores, ni alegrías,
lleve al término final
esta miserable vida.
(Vase.)

ESCENA XIII.

CONDESA.

Se marcha! Y con tal desden
oye mi amoroso ruego!
Pero ese hombre está ciego
y... los ciegos, ay, no ven.
Mas puedo yo permitir
que en su ceguedad palpable
se esponga á un irremediable
daño! Tal vez á morir...
Morir él! Horrible idea!
No, no. Yo le guiaré;
yo á puerto le sacaré
en donde al fin la luz vea:
y si de ese abismo, ay Dios!
procuro apartarle en vano,
asida en él de su mano
nos hundiremos los dos.

ESCENA XIV.

LA CONDESA.—EL CORONEL.

CORONEL. *(Con pesar.)*
(La condesa!)
CONDESA. Coronel,

me tiene muy disgustada
su conducta acalorada
por no decir que cruel.
CORONEL. No es el momento oportuno...
pero llega una ocasion
en que...
CONDESA. No, nunca hay razon
para insultar á ninguno.
CORONEL. Es que fui yo el desmentido:
y quien así se propasa...
CONDESA. Usted estaba en su casa
y debió haberlo sufrido.
CORONEL. Sufrir yo que me desmienta?...
no digo en mi casa, Luisa;
aunque fuera estando en misa
no sufriría la afrenta.
CONDESA. Y por tener ese gusto
ha resuelto usted batirse?
CORONEL. Qué he de hacer?
CONDESA. Qué? Arrepentirse
y no darme tal disgusto.
Y si muere usted? Y si...
qué vamos á hacer Lucia
y yo en el mundo?
CORONEL. Hija mia,
Luisa, no me hables así.
CONDESA. Desista usted de ese horrible
combate con Federico.
Ay! por Dios, se lo suplico!
CORONEL. Hija...
CONDESA. Señor...
CORONEL. No es posible.
CONDESA. Quién se lo impide á usted?
CORONEL. *(Mirándola con ternura.)*
Quién?...
El ridículo profundo
en que me pongo ante el mundo...
CONDESA. Maldito sea el mundo.
CORONEL. Amen.
Pero tú no sabes...
CONDESA. Sí,
sé que nunca me ha querido
por mas que haya fingido

algun cariño hasta aquí.
CORONEL. Que lo he fingido!!—Señora...
me alegro que se hayan muerto
sus buenos padres, sí, cierto,
porque no la oigan ahora.
CONDESA. Oh, perdon! usted comprende
que es el dolor, el pesar
los que me hacen delirar,
y el que delira no ofende.
CORONEL. *(Cediendo.)*
Condesa...
CONDESA. Yo lograré
con una ternura inmensa
que olvide usted esa ofensa;
pero no se bata usté.
CORONEL. *(Enternecido.)*
Luisa!...
CONDESA. Sí, su Luisa soy,
la que á usted le quiere tanto,
la que llega en su quebranto
consuelo á pedirle hoy.
CORONEL. (*Limpiándose la frente con el pañuelo y procurando disimular su posicion.)*
Uf!
CONDESA. Y usted que es tan amable,
y tan bueno, y tan sensible...
CORONEL. *(Haciendo un violento esfuerzo.)*
Repito que es imposible.
CONDESA. *(Con ódio.)*
Oh! es usted implacable.
(Sollozando.)
Si del ódio la pasion
en mi corazon cupiera...
por Dios, que le aborreciera...
con todo mi corazon.
(Sale.)

ESCENA XV.

El Coronel.

Es preciso perdonarla
porque su amor la estravía!
Pobre condesa! Hija mia!
Mas tambien hay que salvarla.
Y quién sabe si en conciencia
debí tomar tan á pecho?...
Y qué remedio? Ya está hecho,
y á lo hecho, pues, paciencia.
(Sale.)

ESCENA XVI.

Marqués, *pensativo.*—Luis.—Caballeros.—*Poco despues* Federico.

Luis. Cosas que pasan, señores,
en este siglo del gas,
en el que todos estamos
en combustion general.
Cab. 1.° Y cómo fué?...
Luis. Muy sencillo.
Principiaron á jugar...
pero á poco se enzarzaron
por una jugada, y... plan!
(Figurando la accion de tirar un objeto á otro: siguen hablando; el Marqués pensativo á un lado del teatro.)
Feder. *(Sin reparar en ellos.)*
Y cómo me bato yo
con ese anciano!—Además,
podria de la condesa
las miradas soportar,
si mi mano jóven, diestra,
vigorosa... no, jamás.
Cab. 2.° *(Por Federico.)*
Señores, señores...

CAB. 1.° *(Hablando entre ellos.)*
Cierto.
MARQ. (Maldita fatalidad!)
LUIS. *(Aproximándose á él.)*
Parece, don Federico,
que se piensa, eh?
FEDER. Psé...
CAB. 1.° Estará
discurriendo cómo y dónde
la estocada le ha de dar.
MARQ. *(Con un profundo suspiro.)*
(Ay!)
FEDER. Al contrario, pensaba
el que es una necedad
batirme con ese hombre.
LUIS. *(Asombrado.)*
Qué dice usted!
CAB. 1.° *(Id.)* Voto á san!
despues de lo que ha ocurrido...
CAB. 2.° De una ofensa tan brutal!
FEDER. Pero al fin es un anciano.
LUIS. Con hartos bríos, demás,
para haberle á usté embutido
una ficha en la cara.
FEDER. *(Llevándose la mano al rostro.)*
(Ah!)
CAB. 1.° Aun se le conoce á usté
la sonrosada señal.
FEDER. Señores, creo que he dado
muchísimas pruebas ya
de que no me asusta un duelo,
ni dos, ni tres.
LUIS. Es verdad;
pero si le asusta el cuarto...
FEDER. *(Con brío.)*
Don Luis!
LUIS. No; es lo que dirán
si usted con él no se bate.
No lo dude usted.
MARQ. (Qué azar!)
CAB. 1.° Seguramente.
CAB. 2.° Y el mundo?
Ese horrible lebiatan...

CAB. 1.° Ese censor implacable!
LUIS. Y el ridículo mortal
que caería sobre usted?
CAB. 1.° *(Exajerando.)*
Jesucristo!
CAB. 2.° *(Id.)* San Damian!!
FEDER. *(Con ira sorda.)*
(Y cómo me escapo yo
de morir ó de matar!)
MARQ. (Bravo negocio hemos hecho!)
LUIS. Supongo que usted me hará
el obsequio de admitirme
por padrino?
MARQ. Tiene ya.
LUIS. Si? Lo siento.
FEDER. No, marqués,
yo no te debo aceptar:
tú eres harto venturoso!
y fuera una atrocidad...
LUIS. En ese caso...
MARQ. Repito
que ninguno lo será
mas que yo. En mis pocos lances
no me ha faltado jamás
tu intervencion amistosa;
tampoco te faltará
en ese duelo la mia,
pese á mi bien ó á mi mal.
FEDER. (Todos valen mas que yo!)
MARQ. (Así lograré quizás
que se vierta menos sangre.)
LUIS. Pues, nada: ya no hay que hablar.
Se arreglan las condiciones
de armas, hora y demas;
que yo me encargo gustoso
del almuerzo, y... á bailar.
MARQ. (Lucía!)
(Sale)
CAB. 1.° *(Saliendo.)*
Y el cirujano?
CAB. 2.° Llevaremos á Roman.
CAB. 1.° Y Federico le mata.
LUIS. Menos que hacer le dará. *(Salen.)*

ESCENA XVII.

FEDERICO.

Hé ahí lo que es el mundo!
Todo orgullo y vanidad!
Escudado en las quimeras
que el mismo quiere forjarse,
incita hasta devorarse
á los hombres como fieras.
Pobre condesa! Mas no;
no llorarán, ay, sus ojos,
aunque, pese á mis enojos,
derrame mi sangre yo.
Tal vez logre conseguir
muerto lo que vivo pierdo;
tal vez logre algun recuerdo
quien por ella vá á morir! *(Va á salir.)*

ESCENA XVIII.

LA CONDESA.—FEDERICO.

CONDESA. Federico: al fin cruel
vá á enlutar mi corazon!
FEDER. Calme usted esa afliccion
y no tema usted por él.
CONDESA. Y por usted!
FEDER. Oh! mi vida
no es tan placentera, que
merezca la pena de
disputarla en la partida.
CONDESA. Ay!
FEDER. Mas si el destino impío
dispone al fin que sucumba,
no maldiga usted mi tumba.
CONDESA. Federico!
FEDER. Adios. *(Sale.)*
CONDESA. Dios mio!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon cerrado en casa de Federico. Puerta al fondo. A la derecha dos laterales. Otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

TOMAS, *sentado cerca de una mesa, mirando tarjetas.*

Nueve tarjetas! Y de ellas
las cinco, si no me engaño,
tienen coronas y escudos...
no podrá ese desgraciado
decir que no le visitan.
En cuatro dias, sí, cuatro
hace que mi capitan
por poco le corta el brazo,
habrán venido á saber
mas de ciento de su estado,
sin contar que mi señora
va tambien de vez en cuando...
es verdad que no le vé,
ni le habla; pero, en cambio,
me vé á mí y habla conmigo
de ese herido afortunado,
de quien soy por órden suya
enfermero y... cirujano.
Pues es un bello sugeto:

pobre, eso sí; muy tronado
como él dice, un segundon,
sin mas bienes ni otro amparo
que esta casa y una hacienda...
Oh, la casa es un palacio!
Si tuviese portería,
sobre todo, un sotabanco...

ESCENA II.

TOMÁS.—LA CONDESA, *mirando con precaucion desde la puerta del fondo con el velo echado.*

CONDESA. Chist! Tomás!
TOMAS. *(Saliendo al encuentro.)*
Oh, mi señora!
Adelante.
CONDESA. *(Alzando el velo.)*
Estoy temblando!
TOMAS. Qué tiene usted? Está enferma?
CONDESA. No, Tomás; pero el cuidado
de que alguno me conozca...
TOMAS. A esta hora es muy temprano.—
Ademas ya he dicho yo
para evitar comentarios,
que era usted una doncella
de la señora de Castro.
CONDESA. Y tapada con el velo...
TOMAS. Y aunque no... es un deber santo
visitar á los enfermos.
CONDESA. Y á un herido....
TOMAS. Duplicado.
CONDESA. Y, qué hace don Federico?
TOMAS. Ahí está ahora en su cuarto
con unos amigos suyos.
(En ademan de echarse el velo y marchar.)
CONDESA. Ay!
TOMAS. Quieta; oigo yo á cien pasos.
CONDESA. Y... ha dormido esta noche?
TOMAS. Muy poco.
CONDESA. Qué ha motivado
su desvelo?

TOMAS. Nada; falta
de sueño y no mas.
CONDESA. Qué largo
se le habrá hecho el tiempo!
TOMAS. Ca!
CONDESA. No? Pues en qué lo ha pasado?
TOMAS. En charlar.
CONDESA. Con quién?
TOMAS. Conmigo.
CONDESA. Y, de qué hablábais?
TOMAS. Hablábamos...
es decir, él suspiraba...
CONDESA. Suspiraba?
TOMAS. Disgustado.
CONDESA. *(Con tristeza.)*
Ah!
TOMAS. Yo, le compadecia.
CONDESA. Y despues?
TOMAS. *(Con naturalidad.)*
Le daba caldo.
CONDESA. *(Con disgusto.)*
Pero eso no es hablar.
TOMAS. Vaya!
Y cojiéndome la mano
me decia: »buen Tomás,
es usted un hombre honrado:
bondadoso como todo
lo que está bajo el encanto
de esa mujer, de ese anjel.»
CONDESA. De ese anjel? Qué mas? Vamos.
TOMAS. Nada, en esto se durmió;
y yo por no despertarlo
me dormí tambien.
(Suena una campanilla en la parte interior del foro.)
CONDESA. Mal hecho.
(Sobresaltada.)
Ay, Tomás están llamando!
TOMAS. Sí, y no sé quién á estas horas...
LUIS. *(Dentro.)*
Repito que es muy estraño.
CONDESA. *(Aturdida.)*
Por aquí llegan tambien.

TOMAS. *(Señalándole el primer gabinete de la derecha.)*
Entre usté ahí mientras salgo
á ver quién es.
CONDESA. *(Entrando.)*
Oh, será
el último sobresalto!
(Tomás sale.)

ESCENA III.

FEDERICO, *en bata.*—EL MARQUÉS.—LUIS.—CABALLEROS.

LUIS. Dejarse herir de ese modo,
es un gusto estraordinario.
CAB. 1.° Y un capricho estravagante.
FEDER. *(Con indiferencia.)*
Como otro cualquiera.
LUIS. Diablo!
FEDER. Pues yo le tuve, señores.
CAB. 2.° Hombre; por Dios, tan cansado
estabas de vivir?
FEDER. Nunca
apreció la vida tanto
como ese dia, os lo juro.
Pero... al fin ya fatigado
de tener contemplaciones
con mi débil adversario,
(si bien por demas valiente,)
y aburrido y fastidiado
de un duelo tan desigual,
me determiné á acabarlo
de un modo que ella... su hija,
no pudiera reprochármelo.
MARQ. (Ya no dudo.)
LUIS. Pues, amigo,
yo... amo mucho á los ancianos,
y sobre todo á sus hijas;
pero entre ellos y mi cráneo...
eh, señores?
CAB. 1.° Cierto.
CAB. 2.° Opino...
LUIS. Conque, nos vamos?

CAB. 1.° Bien. Vámonos.
LUIS. A cuidarse, Federico.
CAB. 2.° Repito que me he alegrado...
FEDER. Gracias, señores.
LUIS. Adios,
marqués.
MARQ. Adios, Luis.
LUIS. *(A los caballeros marchándose.)*
(Qué sandio!
esponer así su vida...)
CAB. 1.° (Sí que es gusto!)
FEDER. *(Viéndoles salir.)*
Mentecatos!

ESCENA IV.

MARQUÉS.—FEDERICO.

MARQ. Los nécios, tienes razon!
oyéndote se sorprenden
porque cual yo no comprenden
tan sublime abnegacion.
Ahora al fin la realidad
á mis ojos aparece;
Federico, me envanece
tu magnánima amistad.
FEDER. Oh, querido Juan! No así
conviertas en heroismo
una cosa que tú mismo
y cualquiera haria, sí.
MARQ. Dejarse matar, no es nada!
FEDER. Quién no se deja matar
si muriendo puede ahorrar
una lágrima á su amada?
MARQ. Conque al fin has confesado
que tu amor es positivo?
FEDER. Estaria ese hombre vivo
si yo no la hubiera amado?
MARQ. Gracias á Dios, que ya cesa
tu infundada obstinacion!
FEDER. Gózate en mi humillacion,
pero adoro á la condesa.

A esa mujer que ha logrado
con su anjélica dulzura,
curar al fin la amargura
de mi pecho lacerado.
A ese anjel que mi sueño
llena de gratas visiones,
y que en dulces ilusiones
me sigue con tal empeño,
que aun despierto todavía
su hermosa imájen admiro,
y oigo el amante suspiro
que alejándose me envia.
Sí, la amo. Sí, hoy que partir
lejos de ella determino,
lo confieso.

MARQ. Desatino!
Dónde diablos has de ir?

FEDER. Donde pueda castigarme
mi manera de tratarla;
donde no pueda mirarla
ni tener que avergonzarme.

MARQ. Pero hombre, dí, no es mas llano
toda vez que la amas tú,
que en vez de ir hacer el bú...
pidas su mano?...

FEDER. Su mano?
Y quién, marqués, te asegura
que Luisa me la daria?
Y quién que mi amor podria
labrar aquí su ventura?
Hay tambien otra razon
que mi orgullo te confiesa.
Luisa es rica, es condesa,
y ya ves mi posicion.

MARQ. Federico, si no tienes
otra que te impida ser
feliz con esa mujer,
nos partiremos mis bienes.

FEDER. Oh! y yo he dudado, gran Dios,
de la amistad!

MARQ. Sí, lo haria.

FEDER. Gracias, Juan; pero, y Lucia?

MARQ. Me sobra para los dos:

y eso que se ha incomodado
de una manera conmigo...

FEDER. Lo estás viendo, pobre amigo?

MARQ. Presumo que hemos tronado.

FEDER. Y yo soy la causa!

MARQ. En fin,
quién sabe hasta donde iremos
todavia, si queremos...

TOMAS. *(Anunciando.)*
El coronel don Fermin.

FEDER. El coronel!!

MARQ. *(Alarmado.)*
Federico!

FEDER. No temas nada, marqués:
mi tranquilidad no ves?

MARQ. Sin embargo...

FEDER. Te suplico
que nos dejes un instante:
(Indicándole la de la izquierda.)
esa puerta da al salon...
(Sale por la puerta izquierda.)

MARQ. Ya lo sé... moderacion.

FEDER. Tomás, que pase adelante.
(A mi pesar me he alterado.)

ESCENA V.

FEDERICO.—EL CORONEL.—TOMÁS *aproxima silla al Coronel.*

CORONEL. Caballero...

FEDER. *(Queriéndose levantar.)*
Tanta honra...

CORONEL. Quieto; los enfermos no
deben gastar ceremonias.
Ya ve usted cómo Tomás
me aproxima una poltrona.

FEDER. Oh! Tomás es una alhaja!...

TOMAS. Señorito!

CORONEL. Y muy preciosa.

TOMAS. Mi capitan... (Si darán
segunda mano á la obra!)
(Sale; al pasar por la puerta en que está la Condesa, tóse con intencion.)

ESCENA VI.

El Coronel.—Federico.

Coronel. Conque, usted cómo se encuentra?
Feder. Gracias; estoy bien ahora.
Coronel. Me alegro, porque le juro
que su herida me acongoja,
y que de muy buena gana
me dejara yo hacer otra
igual, por verle á usted bueno.
Feder. *(Sonriendo.)*
Cuidado, que no es muy floja.
Coronel. *(Avergonzado.)*
Repito...
Feder. En fin, no se hable
en la vida de una cosa
que ya no tiene remedio.
Y... Lucía?
Coronel. Hecha una monja
consolando á la condesa
que llora, llora y mas llora...
mal haya mi mano sea!
Feder. Bendita herida dichosa
que merece tales lágrimas!
Coronel. Ya; como á usted no le mojan.
Feder. Oh! crea usted, coronel,
que diera mi sangre toda
con la mas viva alegría
por evitarla una sola.
Asi me hará usté el obsequio
de decirlo á esa señora,
y agradecerla en mi nombre
los cuidados que se toma
por quien al dejar la córte
su perdon rendido implora.
Coronel. Marcha usted?
Feder. A Filipinas.
Coronel. *(Levantándose.)*
A Filipinas? (Mil bombas!)

FEDER. *(Idem.)*
Don Antero allá me manda
con una mision honrosa,
y yo la acepto.
CORONEL. Pero, hombre...
(Pues señor, se vuelve loca,
y yo lo pago.)

ESCENA VII.

Dichos.—ANTERO.

ANTERO. Señores...
celebro en el alma...
FEDER. Ahora
le estaba yo á usted nombrando.
ANTERO. Oh! tanta bondad me colma
de satisfaccion; y sobre
qué era?...
CORONEL. Sobre... (sobre pólvora!)
FEDER. Le decia al coronel
que he resuelto en toda forma
aceptar cierta mision...
la que usted me proporciona.
ANTERO. Si? Me alegro. Cabalmente
no van bien allá las cosas,
y es preciso que usted marche
al momento, sin demora.
Pero, estando así...
CORONEL. Seria
una partida estrambótica.
ANTERO. Sin embargo, procurando
el proporcionarle toda
la comodidad posible...
CORONEL. *(Con viveza.)*
Qué comodidad mas cómoda
que estarse en la cama?
ANTERO. Pse...
CORONEL. Si usted no está para bodas...
de esa especie.
FEDER. Gracias.
CORONEL. Hombre,

tan bobo es que no conozca
con su claro entendimiento,
que... la... pues, señor, que ahoga
el agua del mar?

ANTERO. (Noticia!)

FEDER. Oh! Coronel; fueran pocas
y débiles mis palabras
para espresarle á usté ahora
cuánto ese fino interés
mi corazon alboroza:
pero estoy resuelto y parto.
Caballero, usted disponga
de mí, cómo y cuando guste.
(Se queda pensativo.)

ANTERO. Al momento; antes de una hora
tendrá usted, don Federico,
aquí una silla de posta.
Hasta despues. Voy á dar
órdenes muy perentorias...
(Al Coronel.)
Se viene usted?

CORONEL. Sí, tambien
voy... (á contárselo á la otra!)

ANTERO. Vea usted que es comision...

CORONEL. *(Con mal humor.)*
Bien, hombre; á mí qué me importa?

ANTERO. (Al fin aceptó. Magnífico!)

CORONEL. *(Mirando con interés á Federico.)*
Pobre muchacho!
(Por Antero.)
Ese cócora...
(Salen.)

ESCENA VIII.

FEDERICO.—LA CONDESA, *que sale con precaucion y va bajando poco á poco á la escena.*

FEDER. Me marcho! Y no la veré!
Así lo quiere mi estrella.
Mas sin despedirme de ella
es cosa horrible á fé.

Vamos: tal vez en el centro
de lejas tierras y mares,
halle al fin de mis pesares
la calma que aquí no encuentro.
Calma... calma... en qué region
la encontraré ó en qué playa,
si á donde quiera que vaya
va siempre mi corazon?
Ay! mi cabeza se abrasa!
Vamos, vámonos de aquí...

CONDESA. Sin despedirse de mí?

FEDER. Condesa! Usted en mi casa!?
Mi alma á creer no acierta...

CONDESA. Sí, que atrevimiento ha sido
no habiéndomela ofrecido.

FEDER. Era tan pobre la oferta,
que si tiene algun valor
es el que ahora ha alcanzado
habiéndose usted dignado
favorecerla...

CONDESA. Oh, señor!

FEDER. Y de hoy en mas será
tan estimada de mí,
que aunque me marche de aquí...

CONDESA. Es que usted no marchará.

FEDER. Ya... perdone usted que insista,
no hay remedio; aunque me pene...

CONDESA. La alquimia á cientos los tiene,
y yo soy algo alquimista.

FEDER. Ah!

CONDESA. Qué va usted á alcanzar
en esa tierra lejana,
que de tal modo se afana,
Federico, por marchar?

FEDER. Cierto, pero... (en vano lucho!)

CONDESA. Encontrará usted allí
lo mismo que deja aquí?

FEDER. Condesa... aquí sufro mucho.
Además, qué dejo yo
en este suelo, señora,
que pueda impedirme ahora
abandonarle: qué?

CONDESA. (Oh!)

FEDER. Yo que en mis locos antojos
mi corazon torturando,
pensé vengarme sembrando
de mi encono los enojos;
Yo que del amor huí
y la amistad esquivé...
qué tiene de grata, qué
la vida que paso aqui?
CONDESA. Y no hay nada, amigo mio,
en esa vida azarosa,
un recuerdo... alguna cosa
que calmar pueda ese hastío?
(Federico mueve la cabeza tristemente.)
Si en la arena calcinada
del desierto abrasador
suele brotar una flor
bella, grata y delicada,
será su corazon quien
por mas infecundo y yerto,
á imitacion del desierto,
no tenga su flor tambien?
FEDER. Ay, mi corazon, señora,
no tiene mas que amargura;
porque su mayor tortura
son mis recuerdos ahora.
CONDESA. Estado bien lastimero!
(Federico está abatido.)
Yo le contaré una historia
que retuve en la memoria;
tal vez le distraiga... espero
que le ha de gustar.
FEDER. Sin duda;
referida por usté...
CONDESA. Triste es tambien, mucho á fé.—
Erase una pobre viuda
de un conde, bello sugeto,
quien de sus gracias prendado
con ella habia casado
en Canarias, y en secreto.
Mientras su esposo vivió,
jamás se turbó el contento
de su feliz casamiento;
pero el esposo murió,

y de entonces la cuitada
sumida en dolor profundo,
se encontró sola en el mundo,
con su hija.

FEDER. Desgraciada!

CONDESA. Pretestando los parientes
del conde al fallecimiento
que era nulo el casamiento,
no sé yo por qué accidentes
el heredero presunto
se apoderó con vil maña
de los bienes que en España
al morir dejó el difunto;
y como estaba el condado
de la viuda á tantas leguas,
pudo con sobradas treguas
quedar en él instalado.

FEDER. Y no podia probar
con documentos la viuda
su pertenencia?

CONDESA. Sin duda,
y tanto, que fué á buscar
á Paris con ese intento
á un amigo de su esposo
que se encargó muy gustoso
del negocio en el momento.
Y tan diligente fué,
que al mes ya habia marchado
y la demanda entablado
aqui contra el otro.

FEDER. Y qué,
se sentenció en su favor?

CONDESA. El pleito no llegó á eso:
el pobre amigo fué preso,
desterrado, que es peor,
y ya con tal incidente
quedó todo en embrion,
y el otro en la posesion
del condado impunemente.
La viuda que esto ignoraba,
viendo que el tiempo corria,
que su amigo no escribia,
y su caudal se agotaba,

ambien al fin resolvió
el trasladarse á esta córte,
y arreglado asiento y porte
con su hija aqui llegó.
En un principio juzgando
que á su amigo encontrarian,
como quien eran vivian;
pero al fin se fué agotando
de tal modo su caudal,
que llegaron á tener
al año ya que coser
para vivir, aunque mal.

FEDER. Desgraciada!

CONDESA. Ay, si á eso
sus cuitas se redujeran,
menos infelices fueran,
y lo eran con esceso;
pero muy pronto al afan
de la indigencia tocaron,
y muchos dias pasaron
sin poder comer ni pan.

FEDER. Oh, qué miseria!

CONDESA. Sumidas
en un cuarto, amigo mio,
tan miserable, que el frio
las dejaba entumecidas;
en él del hambre despojos
las infelices no fueron,
porque del llanto vivieron
que derramaron sus ojos.

FEDER. Qué horror!

CONDESA. Comprende usté
Federico, la afliccion,
(ay!) la desesperacion
de aquella hija triste, que,
de su amor filial en pos
viendo á su madre morir,
tuvo que pedir, pedir
una limosna por Dios?

FEDER. Y no hubo un alma piadosa
que tuviese la fortuna
de socorrerla?

CONDESA. Sí, hubo una...

muy noble... muy generosa.
Una que al verla á su frente,
como usted me vé á mí, helada
de terror, y sofocada
por el tenaz lloro ardiente
que vertia bajo el velo,
iba á socorrerla ya,
cuando un vigilante...

FEDER. *(Con viveza.)*
Ah!
Un vigilante?

CONDESA. Sí.

FEDER. Oh, cielo!

CONDESA. Se empeñó algo descortés
en llevársela de alli...

FEDER. Pero ella se acogió así...
(Haciéndolo.)

CONDESA. *(Cogida á su brazo.)*
Es cierto.

FEDER. En el Avapiés:
pobre anciana!

CONDESA. *(Con efusion.)*
Venturosa
jóven y feliz mujer
que ahora puede agradecer
esta dádiva preciosa.
(Enseñándole la media onza.)

FEDER. La media onza!

CONDESA. Que ufana
guardó en su pecho y no en vano;
aquí tiene usted la mano
que la recibió en doña Ana.

FEDER. *(Asombrado.)*
Es posible?

CONDESA. Caballero,
muy corta es la donacion
que hace á usted mi corazon;
mas si bien con ella quiero
la gratitud demostrar
que mi pecho ha tiempo abriga,
esto en nada á usted le obliga...
ahora puede usted marchar.

FEDER. Marcharme, cuando hallo al fin,

despues de amargura tanta,
una mujer, no, una santa,
no, tampoco: un serafin
que me tiende así una mano...
(Mirando la mano.)
Condesa... la doy un beso?

CONDESA. Si usted lo desea...

FEDER. *(Besándola.)*
Oh, esceso
de ventura...
(Besando.)
sobrehumano...
(Besando.)
deje usted pueda alcanzar
mi perdon á sus piés, Luisa,
(Arrodillándose.)
si tierra que un ángel pisa
soy yo digno de besar.

ESCENA FINAL.

Dichos.—LUCIA.—EL CORONEL.—EL MARQUÉS.

CORONEL. Bravo!

LUCIA. Soberbio!

CORONEL. Asombroso!

MARQ. *(A la Condesa.)*
Señores, qué escena es esta?

CONDESA. *(Al Marqués.)*
Que al fin nos ganó la apuesta...
presento á ustedes mi esposo.

FEDER. *(Con ternura.)*
Luisa!

LUCIA. }
MARQ. } Bien!

(Hablan aparte de Federico y la Condesa.)

CORONEL. Me alegro á fé;
(*A Federico.*)
Venga, venga un fuerte abrazo,
y... perdone usté el sablazo...

FEDER. (*Abrazándole.*)
Ca!

CONDESA. Sí, sí abrácele usté
sin mirar en Federico
al jóven loco y tronera,
sino al que cuerdo me hiciera
este don...
(*Mostrando la media onza.*)
CORONEL. Fué usté?
MARQ. (*Apretándole una mano.*)
Bien, chico,
bien!
CORONEL. Caballero, esa accion
á mis ojos le engrandece;
(*Ofreciéndole la mano de la Condesa.*)
tómela usted; se la ofrece
otro hombre de corazon.
Señor marqués, en Lucía
le doy cuanto puede dar
este viejo militar;
sé buena esposa, hija mia.
MARQ. (*Cojiéndole una mano.*)
Señor!
LUCIA. (*Cojiéndole la otra.*)
Papá.
FEDER. (*Mirándolos con emocion.*)
Qué bondad!
CONDESA. Confiesa usté su error?
FEDER. Sí, confieso que hay amor
en el mundo, y amistad.
LUCIA. Ay! gracias á Dios que inclina
la cabeza el del mosquito!
FEDER. Por fuerza he de estar contrito
ante mi hermosa madrina.
LUCIA. (*Sonriendo.*)
Le perdono á usté mi ofensa.
CONDESA. Se entiende, si nunca olvidas
que siempre marchan unidas
CARIDAD Y RECOMPENSA.
(*Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 1.° de Octubre de 1852.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Diaz.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

¡Diez mil duros!!
De este mundo al otro.
La hechicera.
Buenas noches, señor don Simon.
El novio pasado por agua.
Por seguir á una muger.
El Campamento.
Tribulaciones!!
El sacristan de San Lorenzo.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego,
Misterios de bastidores.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
El alma en pena.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid: en las librerias de Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo; Rios, y Perez, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

Adra. . . .	D. Francisco Barranco Medina.
Albacete. . .	Nicolas Herrero y Padron.
Alcalá. . . .	Felix Moreno.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Serafin Derqui.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almería. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin Maria Casaus.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Avila.	Julian Corrales.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza. . . .	Manuel Alambra.
Barcelona. .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Benavente. .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Sres. Delmas é Hijo.
Burgos. . . .	Sergio Villanueva.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud. . .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	José María Moreno.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Castellon. . .	Remigio Moles.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Cdad-Rodrig.	Salomé Perez.
Córdoba . . .	Juan Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Narcisa Grasses.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . . .	José María Zamora.
Guadalajara.	Fermin Sanchez.
Guardamar. .	Sres. García y Muñoz.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Huelva. . . .	Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen.	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Logroño. . .	Ciriaco Verdejo.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo.	D. Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	José Jimenez.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Medina Sidon.	Hilario de Pina.
Motril. . . .	José Joaquin Batlle.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio Garcia.
Paris.	Boix y Compañia.
Plasencia. . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Salamanca. .	Telesforo Oliva.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José Maria Espez.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	Clemente Maria Riesgo.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fê.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. .	Antonio Puigrubi y Canals.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzale.
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Mariano Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	Joté Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la call de Fuencarral, casa Astrarena.